



Pues, señor, estamos frescos!
Mi mujer me llama bruto;
mi suegra, animal; el primo,
que se parece á un canuto,

me dice que soy un buey;
pero yo no me disgusto,
porque no diga la gente
que doy coces como un burro.

LOS ANGELES DE LA TIERRA

EL NOVICIADO



ADRE, yo desearía hacer una confesión casi general y que usted me oyera con indulgencia.

—Con mucho gusto, hija mía. Hable usted como si yo fuera una amiga suya ó su mismo padre.

—Soy soltera y huérfana; tengo veintiocho años y voy á casarme. Conocí al que va á ser mi esposo hace muchos años; fuimos novios honestamente, con el consentimiento de mi madre. Un asunto importante le obligó á marchar, prometiendo volver pronto; pero transcurrieron dos años y no había vuelto ni contestado á mis cartas. Murió mi madre, y yo, sola y sin esperanza, cedí á los consejos de un fraile de San Vicente de Paul, con quien me confesaba; y vendido los pocos muebles que había heredado, ingresé como postulante en el Noviciado de las Hermanas de la Caridad. Dios era un amante que no podía abandonarme, según dijo mi confesor; el convento me fué descrito

como un cielo anticipado; pronto, sin embargo, experimenté las primeras desilusiones.

Me destinaron á una casa colegio donde, con otras jóvenes zafias y sin educación, me ocupaba en las más penosas tareas, Poco sueño, frío y humedades, lavar ropa, fregar suelos, coser mucho; silencio profundo, obediencia absoluta, espionaje, nada de amistad, mucha delación é hipocresía, largas horas de oración mental, meditación, lecturas espirituales, incomprendibles para pobres jóvenes ignorantes, y sobre todo esto, una comida muy mala, este es el noviciado. La orden es francesa ante todo, y lo primero que hace perder á sus miembros es el amor á su país y á la familia; todo eso tiene allí un nombre nefando: *el mundo, los mundanos*. En Francia está la dirección suprema de todas estas casas religiosas, y allí van á parar nuestros pequeños dotes y las inmensas sumas que producen todos los beaterios de España.

—Permitame usted: ¿no emplean las limosnas que reciben en objetos benéficos?

—La Hermana de la Caridad no da nada más que su trabajo; con lo que recibe, no sólo ha de mantenerse, sino mandar dinero á Francia; y sepa usted que cuando un hospital, convento ó colegio no produce, lo mandan cerrar desde allá.

—Siendo esto así, usted no estaría muy contenta; ¿por qué no abandonó entonces el convento?

—¿Y adónde iba yo? Allí me habían infundido gran temor de los peligros del mundo, y mucho odio y desprecio hacia el matrimonio. De creer á las madres, salir de allí era sinónimo de asegurar la condenación. Era muy frecuente oír: «la fulana fué muy mala novicia ó mala hermana, era rebelde y acabó por perderse, nos abandonó y... se ha casado.» Aquí ponían el gesto del más profundo desdén. «Era de esperar, decían; abandonó al Esposo celestial, y la condenación en las impurezas del matrimonio era segura.»

Además, no era tan fácil salir de allí como usted cree. Una novicia enfermó de resultas de una paliza y malos tratos. La pobre se quería marchar, y alegó sus derechos; todo inútil; se la incomunicó y se la privó de asistencia; pero no se sabe quién avisó á la madre de la

joven, la cual fué y vino, lloró y reclamó en vano; se temía un escándalo, y se trataba de ganar tiempo, esperando la muerte de la chica; pero al fin la madre vino acompañada de dos periodistas, que amenazaron con dar parte al juzgado y á la prensa; sólo entonces fué entregada la enferma, pero ¡en qué estado! A nosotras nos dijeron que había salido á baños ¡¡en Febrero!!

Aunque la puerta está abierta, al parecer, es más difícil salir de allí que de una cárcel.

Por fin, profesé después de dos años, entre postulado y noviciado, votos simples y otros diferentes grados. Llegó el día de mis desposorios con Jesucristo, día en que hube de practicar la más ridícula ceremonia que puede imaginarse. Por la noche, varias hermanas me acompañaron á mi celda, me desnudaron, me coronaron de flores y me hicieron acostar en un lecho ricamente adornado, en el cual me esperaba...

Agucé el oído, como lo hubieras aguzado tú, lector amigo, y dije: ¿había alguien en el lecho?

—Sí, señor; estaba allí completamente desnudo y con los brazos abiertos... un niño Jesús, de madera, de buen tamaño, con el cual pasé la noche de mis bodas místicas.

—¡Qué indecencia! exclamé: ¡qué depravado y chabacano gusto!

EL HOSPITAL

☞ — Me destinaron en seguida á un hospital, cuya superiora, una buena moza, algo gruesa, de unos treinta y seis años, muy guapa y melosa, pero en extremo déspota y dominante, me relegó, como novata, á las tareas más duras. Aquella mujer mandaba como reina absoluta sobre director, médicos y practicantes, lo mismo que sobre nosotras ó los inferiores; la visitaban grandes personajes, y así en las regiones oficiales como en las de la Iglesia, se hacía lo que ella indicaba, y nada más.

☞ En mi nueva posición disfrutaba más libertad y podía hacer observaciones.

Lo primero que comprendí es que lo de la abnegación y el heroísmo no parecía por ninguna parte. Nosotras éramos unas señoras que nos limitábamos á inspeccionarlo todo y á mandar á un ejército de criados que hacían todos los oficios penosos ó repugnantes.

Por la noche estaban los enfermos abandonados; sólo quedaban por horas de guardia dos hermanas que pasaban la velada como mejor podían; los criados dormían también, y era frecuente que llamasen los dolientes á gritos que partían el corazón, sin hallar auxilio. ¡Cuántos amanecían muertos, con la cara desfigurada por los gestos de la desesperación! «¡El núm. 7 ha muerto!» se dice luego, y nada más.

Cada hermana es dueña de preferir al que le place y de descargar todo el peso de su poder arbitrario sobre el que le es antipático. Si un enfermo se niega á confesarse cuando melosamente se lo insinúan, vuelven á indicárselo con más imperio cada vez, hasta que se declara la guerra: entonces sufre todas las crudezas y abandonos; oye á cada paso las palabras insultantes: «usted se muere», «no curará usted nunca», «Dios no puede ampararle» y otras muchas; ni se perdona medio de hacerle sufrir..., y, aunque se asuste usted, padre, se lo diré claro, de que se muera pronto.

Eso de la hermana á la cabecera del enfermo es una ilusión como otras muchas de los poetas y los optimistas... que no han estado enfermos en el hospital. Si hubieran visto, como yo, á aquellas zafias catalanas ó vascongadas, ásperas como cardos, tratar á los pacientes como esclavos y usar de ese lenguaje seco del que no sabe disimular su grosería, aunque parece intentarlo: «hermano, tome; hermano, calle», «más valiera que rezara», «no piense en la familia, sino en Dios», «mire que le mando atar ó le pongo á dieta»...

Sucedían cosas inauditas. Muchos enfermos ocultaban dinero, las hermanas lo sabían y casi todas eran diestrisimas en apoderarse de él durante la agonía y en negarlo á los parientes, si éstos sabían algo.

Lo mismo sucedía cuando un infeliz confiaba á la hermana alguna cantidad para su familia ó para sufragio de su alma.

Las misas que algunos dejaban para el capellán las

dábamos nosotras, si podíamos, á nuestros buenos Paules, que todos los meses se llevaban una buena cantidad sólo de nuestro establecimiento. Las ropas que el enfermo deja son también de la casa, y cuanto se le halle de valor. He visto por esta causa escenas desgarradoras; pero allí no se conoce la compasión.

En cuanto á la asistencia religiosa, es también un mito. Los reverendos Paules, nuestros directores, vienen á oír nuestras confesiones y á darnos ejercicios espirituales y de todo género, pero no entran nunca en las salas. Los capellanes suelen ser clérigos adocados que confiesan á los enfermos de prisa y corriendo, les dan los sacramentos de mala gana, y páre usted de contar.

—Buena asistencia, buena, hija mía.

—Todavía es peor lo que sucede en orden á los intereses materiales.

Cada hermana cobra una peseta diaria del Estado, y algunas gratificaciones; pues bien, para comer como duquesas se valen de modo que todo salga del material de la casa que ellas manejan, y del cual apartan lo mejor, figurando que dan por ello su precio; para cubrir esto, consienten las depredaciones de los inferiores; la comida sale, pues, de balde, y toda hermana que tiene alguna autoridad, puede hacer ahorros.

Lo que digo de la comida, puedo decir de la ropa y de todo el menaje; las hermanas obran en connivencia con el contador y la dirección; van á la parte en todo, y al fin del año se reparten muy buenas ganancias. ¡Pobre empleado íntegro, director, médico, sacerdote ó lo que sea, que se atreva á oponerse, ó á dar parte á la superioridad! Lo triturarían.

Consecuencia de todo esto, que el enfermo recibe adulteradas, escasas y de mala calidad las medicinas y comidas, para lo cual se emplean ingeniosos recursos.

Se castiga con dietas; como por descuido, se pone á ración á un enfermo uno ó dos días después que el médico lo manda. Es lo mismo que sucede en los colegios, que se cuenta con castigar diariamente á diez alumnos, y se ponen desde luego diez raciones de menos; los motivos nunca faltan cuando hay buena

voluntad, y al fin del mes el negocio sale redondo.

—Creo que exagera usted un poquillo, objeté yo, por excitar más su amor propio; he conocido señoras, obispos y magnates que han visitado los hospitales, y no han sabido cosa semejante.

—¡Estaría bueno que lo supieran! Todo el arte de la hermana de la caridad consiste en engañar. Vienen las señoras visitadoras de la junta, aunque sea de improviso; pues antes que pasen de la portería ya lo sabe la superiora, gracias á una organización prudente. En un minuto corre las órdenes oportunas, bajan dos ó tres hermanas ó ella misma, entretienen á las visitantes con arte, y cuando una señal secreta avisa que todo está dispuesto, se las invita á recorrer la casa: pasan y admiran el orden ficticio que reina: prueban una excelente comida con caldo refrigerante y buen vino: preguntan á los enfermos, y todos dicen que están en la gloria... pero lo dicen porque temen la venganza; aquella comida, aquel vino, aquel pan tan blanco, no es el que ellos prueban, sino el de las hermanas. Cuando se van las tontas de las señoras, desaparecen las fruslerías que se habian colocado acá y allá, vuelve á salir del rincón la ropa sucia que estaba por medio, y hasta otra; lo mismo ocurre con los prelados, gobernadores, inspectores y demás gente de viso.

—¿No podían quejarse los pobres á la prensa ó á las autoridades?

—Nadie les haría caso; la hermana de la caridad es inviolable.

AMOR Y MISTERIO.—LA RECOLECCIÓN

Algunas veces sorprendí entre la superiora y un médico muy buen mozo miradas de inteligencia, señales inequívocas de afecto disimulado; esto mismo lo observé con el director y cierta hermana muy agraciada, y con otras hermanas y los practicantes, el capellán y aun algún enfermero.

Observé también que los parientes de las hermanas ó de los empleados visitaban la casa con frecuencia y

sacaban bultos sospechosos, que luego supe eran comestibles, ropas y utensilios; allí había gato encerrado.

No tardé en conocer que cuando venían nuestros padres, desde el director hasta el capellán todos ponían mala cara, y cuando se iban, las hermanas estaban con ellos más amables, como si quisieran resarcirles de algo que les hubieran quitado.

La curiosidad me hizo espiar á todo el mundo por la noche, cuando todo parecía dormir y sólo se escuchaba el lejano lamento de algún enfermo abandonado que gemía en su lecho: aquella era, en efecto, la hora de los secretos, de las sombras humanas que cruzaban por los claustros para reunirse en misterioso grupo en la oscuridad: entonces descubrí la causa de todas aquellas señas y miradas; la superiora, acompañada del galante médico, pasó una vez casi rozando conmigo, pero creo que no estaba para ver ni sentir nada; todo estaba explicado.

—Sí, hija mía; la naturaleza recobraba en la sombra los derechos que se le negaban á la luz del día, y como siempre imperiosa, retozona, amiga del misterio y de lo prohibido, se burlaba de todos los misticismos, de todas las ideas de perfección y de los necios que, impotentes para tales virtudes, tienen la candidez de creer que otros las llevan envueltas en venerables hábitos.

—Sí, padre; pero es usted el primero que hasta ahora ha tenido la franqueza de reconocerlo: continúo, con su permiso.

El capellán era todo un buen mozo, de veintinueve años escasos, que fijó la atención en una de nosotras, y aquellos amores siguieron su curso natural; pero otra hermana, prendada á su vez y desdeñada por el clérigo, se valió de modo que él y su amada fueran sorprendidos por algunas hermanas feas y viejas, que suelen ser las implacables en materia de virtud. Se dió parte á los Padres, y aquí fué Troya.

Si se les dice á los Paules ó los Jesuítas que cualquier hermana comete mil crímenes ó se entrega al primero que llega, perdonarán acaso; pero amar á un clérigo secular... no hay mayor delito. Acudieron al

vicario y le obligaron á imponer un severo castigo. ¡Pobre D. Esteban! No lo merecía.

La hermana fué trasladada.

Ahora el reverso de la medalla.

El capellán de cierto hospital de desahuciados ó incurables, un viejo de cincuenta años, negro y repulsivo, hipócrita y egoísta, halló medio de seducir á una chica recién profesa que valía un mundo. Fué sorprendido casualmente con ella, y ¿qué creerá usted que hizo? arrojarle á los pies de la superiora y declarar... que él era el seducido; ¡pobrecito D. Francisco! ¡haber sucumbido en un mal cuarto de hora! Fué expulsado, pero nada más: al fin era hipócrita, y éstos salen siempre mejor librados.

—¡Me deja usted helado! Nunca hubiera creído tales cosas.

—Aún falta algo más grave.

Debe usted saber que de cuando en cuando los superiores franceses hacen su visita á nuestras casas españolas; lo inspeccionan todo, y se llevan el dinero que se les guarda para estos casos. Cierta día nos reunió la madre y nos anunció la visita; desde entonces todo era preparativos y limpiezas; ocultar cosas que podían chocar, romper papeles, hacer advertencias y ensayar respuestas. Por fin vino *le Bon Père*, un abate francés que frisaba en los cuarenta y cuatro años, alto, muy grueso, extremadamente colorado; su rostro brutal revelaba á primera vista grosería, acanallamiento, y las pasiones más soeces; aquel hombre debía ser borracho como un templario.

No venía solo, le acompañaba *La Bonne Mère*, una francesota tan gruesa, colorada y grosera como él. Habían venido en primera clase, que esas gentes no viajan de otro modo, y se hospedaban en un convento de hermanitas de los pobres. Allí los habían recibido bajo palio y sobre una alfombra de flores naturales que cubrían el suelo desde la puerta principal; toda la casa estaba perfumada; el Santísimo Sacramento, expuesto en el dosel, los aguardaba también, y el capellán, vestido de pluvial, les ofreció agua bendita. Un espléndido refrigerio estaba preparado en el refectorio, y cuando le hubieron hecho los honores, pasaron

á la gran sala, donde los pobres acogidos les prestaron homenaje besándoles la mano... *¡de rodillas!* Aquel día bebieron un caldo algo más espeso todos aquellos viejos desharrapados y hambrientos, á quienes se alimenta con una bazofia mal condimentada, y se los tiene alojados en cuadras con gran limpieza, sí, pero con mucha miseria.

Pocos de entre ellos se enterarian de que durante los ocho días que permaneció allí la seráfica pareja consumió grandes cantidades de los manjares más caros y exquisitos. Nosotras hicimos á los dos franceses igual recibimiento. Aquel día los enfermos carecieron de muchas cosas: ¿quién se acordaba de ellos?

—¿De dónde salía el dinero para estas comilonas? ¿No pasan las hermanitas su vida pidiendo y aprovechando hasta los trapos viejos que les dan?

—Sí; pero luego, del total de lo acumulado, se hacen dos partes: la menor, casi insignificante, para los pobres, y el resto para las hermanas, que no carecen ni de lo superfluo, presenciando impávidas el hambre, la desnudez y los sufrimientos del pobre asilado á quien tratan duramente, y, sin embargo, él, el pobre, ha ganado todo lo que allí entra: por él y para él se dan las limosnas. Todavía sobran anualmente buenas sumas que se lleva á Francia *le Bon Père* cuando hace la recolección.

—Todo eso es indigno.

—Se valen de todos los medios, porque entre nosotras se profesa esta máxima jesuítica: *El mandato del superior es siempre bueno, aunque parezca á primera vista inmoral*: por lo tanto, no hay empacho alguno en disimular ó mentir, fingir pobreza y otras calamidades, y desacreditar al enemigo. Si esto no basta, se amenaza recurriendo á la prensa adicta, ó se emplea el soborno, y medios aún peores.

—No concibo ya cuáles pueden ser.

—Tratábamos, hacía tiempo, de adquirir, gratis por supuesto, un edificio de la Nación. Tres comunidades nos lo disputaban, sin contar con el Ayuntamiento y los liberales, poco temibles por cierto.

El asunto se alargaba demasiado. Una mañana oí que la superiora le decía á uno de los padres: «Va á

ser necesario recurrir al gran juego.» A los tres días la hermana más hermosa montaba en un coche con la superiora: esto indicaba que se dirigían á altas regiones; la joven no podía ocultar su disgusto. Cuando volvieron, al cabo de tres horas, la ví llorosa y toda sofocada; la superiora, en cambio, aparecía radiante de alegría.

Al poco tiempo nos fué notificado por el Gobierno...

—Que todo estaba arreglado, ¿eh?

—Eso se esperaba, pero no fué así; los Jesuítas nos habían ido á la mano, gracias á la marquesa de N***, la más guapa y virtuosa de sus devotas; con esa no había competencia...; pero no salimos del todo mal, pues conseguimos buen éxito en otros asuntos pendientes.

—Me parece estar soñando, hija mía.

—Ya había yo notado que *le Bon Père* me distinguía demasiado, cuando la superiora me dijo: el buen padre quiere hablar con usted y darle sus órdenes; sean las que fuere, le mando que obedezca, pues así conviene á nuestra institución: sea juiciosa y no vaya á caer en los escrúpulos de las gentes mundanas; aquí todo es diferente; Jesús ama á sus hijas escogidas y permite que no las manche lo que es cieno para los mundanos, ni las queme el mismo fuego. La Iglesia y Su Santidad nos ha concedido las mayores exenciones y privilegios, pues no es lo mismo legislar para el vulgo que para las almas grandes que viven casi confundidas con la divinidad de Jesús.

—¡Ca... nastos! ¡El jansenismo y el molinismo amalgamados! Todas las órdenes monásticas imitan, por lo visto, al jesuitismo.

—Aquel mismo día el padre francés me llamó á su presencia, me colmó de mimos y atenciones y en seguida intentó...

—Basta, hija mía; ahórrese usted la vergüenza de decirlo: ya lo adivino, y es lo mismo.

—Yo resistí, padre. El sórdido frailluco me prometió ascensos, honores y libertad omnímota si accedía; de lo contrario, me vería perseguida y despreciada. Resistí á las amenazas y á los halagos; pero ¡ay Dios mío! quisiera olvidarlo: sucumbí á la fuerza y sufrí las bru-

talidades de aquel sér abyecto: sin embargo, ¡cuántas me envidiaban!

Desde entonces he vivido muy infeliz siempre, deseando abandonar las tocas.

¿Cómo consiente Dios que triunfe la infamia sobre la virtud?...

—Dejé pasar esta pregunta, que no tiene contestación seria, y pregunté á mi vez: ¿Se verifican las mismas atrocidades en otras casas de caridad?

—Las mismas, poco más ó menos, con las variaciones que impone la diversidad de objetos en que cada comunidad se ocupa. En las casas dedicadas, v. gr. á la enseñanza, las niñas no aprenden, todo es farsa, rezo y humillación, hipocresía, y muchas socaliñas á los padres con pretextos de hermandades de niñas, cintas verdes y encarnadas, especie de grados masónicos, buenos para excitar el orgullo y la envidia. La moral anda por los suelos; allí se pierde la inocencia más pronto que en otra parte, y se desarrollan vicios secretos que difícilmente se perderán; á veces las mismas hermanas profesoras ponen los ojos en una niña; aquella es la predilecta... figúrese usted lo demás.

Las casas para asilo de criadas convierten á las jóvenes en espías de los amos para fines del jesuitismo.

Cuando el convento se dedica á la asistencia domiciliaria de enfermos, aquello es una explotación en grande escala; se huye del pobre, prefiriendo al rico; se asiste aparentando mucho celo, y en realidad la hermana necesita una sirvienta para ella sola, y al fin nada hace, aunque alguna vez hace el amor al enfermo y se casa con él muy bonitamente.

—¡Pero, Dios mío, alguna cosa buena harán esas hermanas! ¿Y el heroísmo en tiempo de guerra y epidemia? ¿Y otras muchas acciones buenas que yo he oído referir?

—En tiempo de calamidades se sortea á la gente y va la hermana que no tiene más remedio; muchas veces va castigada, ó es que no tiene protectores entre los padres, ni sirve para ciertos negocios. Las intrigas y ardides que se ponen en juego para no ir al peligro, son largos de referir, y además, si no fuera por eso, ¿cómo justificarían las hermanas su existencia y lo que

¿están? Cuando alguna se ofrece, lo hace por sus fines particulares, si no es una de esas almas santas, que en todas partes se encuentran, aunque en minoría.

Ya sabe usted, padre, toda mi vida y mis pecados, que pueden condensarse en estas palabras: entré siendo buena en el convento y allí perdí mi inocencia y mi virtud: inclinada al bien, hice el mal, practiqué la hipocresía y el disimulo, oculté mis ideas por necesidad, hasta que pude salir de aquel abismo.

—¿Cómo se arregló usted para ello?

—Encontré casualmente á mi novio de administrador en un hospital, me explicó su ausencia, me probó que cuando vino á buscarme nadie le dió razón de mí; después de esta explicación me juró que no habia dejado de amarme, y me propuso salir de allí para casarme con él. Así lo hice en cuanto expiró el plazo de mis segundos votos.

—Pero... aquella escena del fraile...

—Entendido, dijo la Sor sonriendo; nosotras aprendimos muchos secretos de la naturaleza; por ese lado no temo nada, mas temo á mi conciencia; por eso quisiera que usted me aconsejara si debo ocultarle á mi esposo esa infamia, ó declarársela.

La convencí de que debía callar. ¡Cuántas felicidades humanas no tienen otra base que el silencio! Aunque la vi muy bien dispuesta, la exhorté á que fuese buena esposa, inculcándole con gran cuidado que las vías más anchas y trilladas son las más seguras, y las esposas amantes y buenas madres de familia son los verdaderos ángeles de la tierra.

CONSTANCIO MIRALTA.



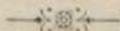
CONFESIÓN

Ni creo que tu amor no tendrá ocaso,
ni creo en una virgen madre y pura;
nunca me forjé eterna tu hermosura,
ni de tu Dios por lo infinito paso.

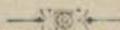
Un pobre tiple, inútil para el caso,
el buen casto José se me figura,
y á tachar de invención, ó de impostura,
lo del maná divino me propaso.

Jamás creí en Josué, ni en tales cosas
como abrir en el mar fácil camino,
ó matar á unas huestes numerosas
sólo con la quijada de un pollino...
que aunque pese á tus creencias religiosas
¡no comulgo con ruedas de molino!

AQUILES NERÓN

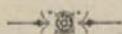


ELIZ la que da cachorros
á canónigos y obispos,
porque al menos obtendrá
bendiciones á porrillo;
además, tienen la suerte
de que, desde pequeñitos,
sienten gran inclinación
á ser papas estos chicos;
y aunque sea al *Sursum Corda*,
le hacen cardenal de un chirlo.





El nihilismo y la anarquía
serán el alma del mundo...
cuando se haya aniquilado
la ambición de todos juntos.



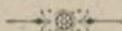
MORALEJAS

Por meterse el dedito en la nariz,
de una hemorragia sucumbió Beatriz;
y su padre, en costoso cenotafio,
hizo inscribir á modo de epitafio:

“Aquí yace Beatriz de Mondoñedo,
muerta muy joven por meterse el dedo.”
*Porque el ejemplo en ti no se duplique,
no te metas el dedo, aunque te pique.*



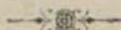
Reparando Salomé
que, con descaro gentil,
miraba su escote Gil,
dijo airada: — ¿Qué hace usted?
Y él respondió suspirando:
— Hago trabajos profundos...
he visto ya los dos mundos,
y el *plus ultra* estoy buscando.





—Ya sabes, Petronila,
que no puedo sufrir algunas veces
el fuego de tu fúlgida *pupila*.

—Pero, hombre, ¡qué tranquila
te escucha la mamá tus candideces!



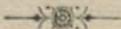
EPITAFIOS

Aquí yace un egoísta
Que no hizo mal ni hizo bien...
Requiescat in pace; amen.

Aquí yace don Matías.
Acusado de tacaño,
¡Y daba gratis al año...
Pésames, Pascuas y días!

El general que aquí yace
Hizo lo mismo que el Cid...
Entraba muerto en la lid.

Aquí yace un alquimista
Que en oro trocaba el cobre...
Y murió de puro pobre.





CONSEJOS A UN SEMINARISTA

ROMANCE

H tú, simpático joven,
futura gloria del clero,
que del Seminario sales
á ejercer tu ministerio,
y á orador sagrado aspiras,
y á llevar almas al cielo,
y á ganar cuartos y fama,
y á ser pasmo de tu pueblo,
mezclando en útil consorcio
lo temporal con lo eterno!
Yo te saludo, y te amo,
y te admiro y reverencio.
Sí, te admiro; porque guarda
tu bien poblado cerebro,
como archivo de sapiencia

ó riquísimo museo,
el Taparelli, el Perrone,
la *Suma*, el Lárraga, el bello
libro del Padre Colonia,
y sublimes argumentos
contra el moro, el luterano,
el impío y el ateo;
y aun puedes hablar, si quieres,
en latín de pan y queso.

Mas ¡ay! tan excelsas dotes,
tan vastos conocimientos,
si en el mar de la oratoria
te engolfas á vela y remo,
quizá, quizá no te sirvan
para llegar á buen puesto.
¿Quieres ser predicador
tal, que alborotes los pueblos,
que hagas llorar las devotas,
que llenes de gente el templo
y te llamen pico de oro?
Pues escucha mis consejos:

Cerrarás con siete llaves
tus libros, cual prisioneros;
andarás afeitadito
y con pomada en el pelo,
y sombrerito á la moda,
y los hábitos muy nuevos,
que á las damas ya no gustan
los apóstoles mugrientos.
Cuando al púlpito subieres,
alza los ojos al techo
y pon cara lastimosa
de moribundo carnero.
Después, con tremendas voces
habla mucho del infierno,
con sus hornos y calderas,
sus anchos mares de fuego,
los mil y mil condenados
que sufren allí tormentos;
y para fin y contera,
y también para consuelo,
di que Dios es muy piadoso
y que el castigo es eterno.
Contra Voltaire y Rousseau
vomitarás cien dieterios:
á los filósofos, leña;
y leña á diestro y siniestro
á moros y protestantes,
á los masones y ateos.
Y citarás de camino
lo de la barca de Pedro,
lo de que Pedro es la piedra,
que Pedro es base del templo,
que Pedro tiene unas llaves
que abren las puertas del cielo;
pues las hizo con tal fin
un arcángel cerrajero.

Y con gran fervor, entonces,
para no perder el tiempo,
di que está muy pobre el Papa,
y recoge algún dinero;
que en el tomar no hay engaño
y el guardar es de discretos.

Además, no se te olvide
el llamar impío y necio,
y sacrílego y malvado,
materialista y protervo
á tu siglo, aunque es tu padre;

di que merece el infierno,
 y, cual Sodoma y Gomorra,
 espesa lluvia de fuego.
 Pintarás como contraste
 la paz que reina en el cielo;
 y si un trozo de novela
 recuerdas, lo encajas presto.
 Habla de albores y lumbres,
 de floridos prados bellos,
 de colores y matices
 y de armoniosos ecos;
 de éxtasis místicos habla
 de Sión y del Carmelo;
 del pastor y sus ovejas
 forraje inmortal paciendo;
 de los coros de angelitos,
 doncellas y niños muertos;
 de las músicas celestes
 donde suenan en conciertos
 violines, arpas, oboes,
 contrabajos y salterios.

Un punto se me olvidaba
 que viene aquí muy á pelo.
 Ya que astutos jesuítas,
 con sutilísimo invento
 del Corazón de Je-ús
 objeto de culto hicieron,
 tú fundarás cofradía
 que tribute culto nuevo
 á las llagas de San Roque
 ó al esternón de San Diego.
 Estas ideas, son minas
 de filón copioso y neto,
 que no cuestan un ochavo,
 que no pagan ningún censo
 y que no se agotan, mientras
 en el mundo existan necios.
 Explótalas: echa enjundia,
 apaña ricos talegos
 y deja rodar la bola,
 y engorda como un tudesco.

Item más: aunque la prensa
 es invención del Averno,
 procura tener de amigos
 dos ó tres gacetilleros
 que en letras de molde digan:
 —«Ayer mañana, en tal templo,

predicó el padre Fulano,
de elocuencia gran modelo.
Crisóstomos y Basilio,
con su saber y talento,
son, junto al citado padre,
como unos niños de pecho.
Dícese que le ha brindado
con una mitra el Gobierno;
pero su modestia es tanta,
que no aceptará tal premio.»
Y cáatate ya famoso,
y ya sobre zancos puesto,
y obisparás, de seguro,
y serás varón excelso.

Vivirás largos otoños
gordo, admirado y contento,
á cuerpo de rey tratado,
y morirás de repleto.
Mas antes de que te mueras
deja tu epitafio hecho,
y sobre tu losa graben
con doradas letras, esto:
— «Aquí yace un mentecato
que acabó de puro viejo,
y vivió toda su vida
á costa de otros más necios.»

NARCISO CAMPILLO.

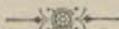
Madrid.





GUARDA el hábito, niña,
dentro del cofre,
y no temas al diablo,
que anda de noche;
que si te mira
y te ve en cruz, al punto
se *cruci... fija*.

No me enseñes la media
junto al zapato,
sino el lazo que tienes
en lo más alto.
Por una liga
se estrelló el padre Pedro
contra una niña.



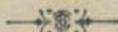
Epitafios.

Aquí yace entre laureles
Un gran autor de comedias,
Que murió helado en el patio
Sin que un cristiano le viera.

Aquí yace sor Belén,
Que hizo almíbares muy bien,
Y pasó la vida entera
Vistiendo niños de cera.

Aquí yacen cuatro socios
Que juntaron gran caudal:
Un médico, un boticario,
Un cura y un sacristán.

Aquí yace el rey Ramiro,
Que libró á España del feudo...
Al moro que hoy lo cobraré,
la ganancia no le arriendo.



LAS HIPÓTESIS



UANDO nos falta una explicación, la inventamos. Por eso siempre ha habido teorías.

Aun en los primitivos días de nuestra raza, había bien elaboradas más ideas sistemáticas de lo que se imaginan quienes reflexionan poco sobre el particular. En ningún período de la historia del hombre ha sido posible abarcar la multiplicidad de los hechos, sin ALGO que los ligue y conexione. Pero la ciencia antigua consideraba como *ciertos en absoluto* los dogmas inventados para explicar al hombre y al universo. Y, no consintiendo á la perspicacia filosófica tocarlos ni modificarlos siquiera, llegaron á ser las primitivas explicaciones, una vez establecidas, dogmas de intolerancia y petrificación.

La ciencia moderna también confiesa en hipótesis y teorías, producto de la fantasía sistemática, la cual necesita dar conjunto y unidad á las leyes que descubre. Pero la ciencia moderna no adora, como á dioses, las obras de sus manos, antes bien las somete á una contingente condicionalidad, sin la cual las abandona; ¡progreso gigantesco, jamás visto en la historia hasta este siglo grandioso, que nunca estima como **CIERTO EN ABSOLUTO** lo que en su fondo es eminentemente **CONJETURAL!**

Una vez admitidos esos dogmas, ellos han de explicar **todos** los fenómenos; pero, desde el momento en que no cabe un hecho, **uno solo**, un fenómeno indubitado, dentro del dogma científico, entonces los verdaderos sabios, sin pena ninguna, sin consideración de ninguna clase, sin hacer derramar sangre como los antiguos sacerdotes, claman unánimemente: «¡Abajo esa teoría: venga otra!»

Así es que, en nuestra época, caen sin estruendo las hipótesis unas tras de otras, y sólo permanecen en pie los HECHOS comprobados y sus LEYES; y es que hoy todos convenimos en que, como decía Galileo, lo absoluto se nos escapa, y solamente nos es dado conocer las RELACIONES de los hechos.

Hoy los Credos del mundo científico no son más que conjeturas elevadas al sublime puesto de teorías y aceptadas temporalmente como dogmas de la ciencia.

*
* *

En las noches serenas nos pasman de admiración esas muchedumbres de luceros diseminados por el espacio. Los anteojos nos hacen descubrir nuevas miriadas de luminares más allá y más allá; y los grandes telescopios nos hacen creer en un PLUS ULTRA infinito.

Dados nuestros conocimientos actuales, no podemos admitir, como Ptolomeo y Euclides, que de nuestros ojos salen los rayos visuales á palpar los objetos, especies de antenas ó tentáculos maravillosos, como las que los insectos tienen, pero de una naturaleza hoy, con nuestros conceptos físicos, enteramente incomprendible. Más bien admitiríamos, con Empédocles y Demócrito, que á estilo de las emanaciones odoríferas cuando, golpeando el órgano del olfato, nos revelan la presencia de las flores, LA LUZ fuera una especie de lluvia de velocísimos corpúsculos venidos del sol, de las estrellas y de los demás objetos luminosos.

Hoy, al mirar en la noche la bóveda estrellada, no podemos menos de decirnos: ALGO hay entre nosotros y esos magníficos grupos estelares; algo entre nuestros ojos y esas estrellas dobles, triples y cuádruples que constituyen sistemas de atracción inexplicados aún; algo entre la tierra y esas inmensas nebulosas, gérmenes de mundos indescifrables...; algo entre nosotros y el invisible PLUS ULTRA; porque es inconcebible una acción á distancia, si falta un INTER-MEDIO adecuado y suficiente: que un cuerpo no puede transmitir su acción donde no hay otro; ALGO hay, pues, que afecta nuestra retina desde los remotísimos abismos del espacio, y que se nos revela en los fenómenos misteriosos de la luz...; y, para explicarnos la percepción de sol,

estrellas, nebulosas... nos elevamos á la concepción del ÉTER, océano infinito de sustancia tenuísima, material, impalpable, invisible, imponderable, elástico en grado inmenso, receptáculo de energía incalculable, y á cuyas rapidísimas undulaciones se deben los fenómenos de la luz.

Y, aceptada la hipótesis de que la luz sea el movimiento vibratorio, el tremor de una sustancia sin peso y extraordinariamente elástica, todas las leyes de la óptica han de caber dentro de la suposición. Caben, y, por ello, aceptamos como verdadera la teoría de las UNDULACIONES DEL ÉTER, pero sin entender que estamos en posesión ABSOLUTA de la verdad: sino únicamente que los hechos, hasta ahora, resultan tales como resultarían si los fenómenos luminosos fuesen realmente undulaciones de un medio considerablemente elástico; y aunque tal y tanta conformidad entre los hechos y la teoría nos impulse á mirar la undulación como una *vera causa*, nos guardamos muy bien de ver en semejante conjetura más que una preciosa probabilidad, hoy por hoy de inmensa verosimilitud.

*
**

Como los cuerpos pesan y al éter no se puede atribuir la cualidad de ponderable, muchos han querido suponer antinomias, que ningún físico de valía admite, entre los conceptos de MATERIA y de ÉTER.

Urge, pues, aseverar que con esas palabras ningún verdadero filósofo de las ciencias naturales entiende significar entidades contrarias *en esencia*.

Nadie rechazaría que existiese, aun incógnito, un *stratum* material y sutilísimo, del cual fuese un estado especial LO PONDERABLE, y otro estado *sui generis* LO ETÉREO, ambos extraordinariamente evolucionados ya respecto del *stratum* primario simplicísimo; ambos dotados de inercia é impenetrabilidad; ambos susceptibles de movimientos vibratorios y de traslación; pero de ellos sólo adecuado el ponderable para movimientos atractivos, y únicamente el etéreo animado de movimientos repulsivos.

ÉTER, por tanto, no es lo contrario de MATERIA; éter no es, en modo alguno, negación de materialidad, como

el no es lo antitético del sí: éter y materia son ambos materiales; como los polos de las brújulas son todos acero, sin que esto impida que los polos homónimos se atraigan y los heterónimos se acerquen.

Cuando se dice que los elementos del universo son dos, MATERIA Y ÉTER, se usa de expresiones que, por contraponerse, han inducido á algunos á error, toda vez que existen quienes piensan que se quiere significar MATERIA Y ALGO QUE NO LO ES: una verdadera contradicción, una antinomia; cuando precisamente no hay físico que afirme la *inmaterialidad* del éter, toda vez que el éter se concibe siempre como inerte, impenetrable, elástico, más ó menos denso, vibratorio, transferible, etc.; propiedades todas impredicables de una negación, como lo sería la expresada por la palabra *inmaterialidad*.

Lo ponderable es, pues, material, y lo etéreo también es material; ¿quién sabe si estados uno y otro bien desarrollados y complejos de una sustancia única ULTRA-ETÉREA enteramente aún desconocida, ó, más bien, no sospechada, puesto que, caso de ser necesario admitirla, siempre sería desconocida para nosotros? ¿Quién sabe si lo ponderable lo es por haber gastado EN SERLO toda la potencial propia y exclusiva de la energía de repulsión que se supone al éter y en cuya virtud sus átomos, ó sus elementos, recíprocamente se rechazan?

*
* *

Porque es de advertir que actualmente se supone formada la naturaleza de dos solas sustancias;

materia;
éter;

de tal modo que todo espacio no ocupado por materia está lleno de éter.

Se profesa que las partes más diminutas de la materia se atraen en razón inversa del cuadrado de las distancias, y que las del éter se repelen en razón inversa de una potencia mayor que la del cuadrado, (Earnshaw enseña que los elementos etéreos se repelen en razón inversa de la cuarta potencia de la distancia.)

Ahora bien: conformes todos los físicos en que los

elementos ponderales se atraen y en que los etéreos se rechazan, no lo están enteramente en cuanto á la influencia que los ponderales tienen sobre los etéreos, ó bien éstos sobre aquéllos.

La mayoría cree que los elementos de la materia y los del éter se atraen recíprocamente según cierta potencia de la distancia; y una minoría juzga que los de la primera clase no tienen acción ninguna sobre los de la segunda, y viceversa. La mayoría explica por esas atracciones la acción del éter sobre los cuerpos, y la minoría explica esta acción por la enorme presión etérea sobre las masas ponderables.

El P. Secchi se representaba los cuerpos como mallas ó redes diminutas sumergidas en el éter, el cual naturalmente rellena los intersticios, como el aire rellena los huecos de cualquiera obra de malla. Y así como el viento no puede avanzar por entre las redes materiales de los pescadores sin agitarlas y conmoverlas, ó, convertido en huracán, sin destrozarlas del todo y diseminarlas en fragmentos; ó bien, inversamente, así como no podemos agitar una red ponderable en la atmósfera más tranquila sin conmoverla y convertirla en viento más ó menos bonancible, más ó menos fresco, más ó menos tempestuoso... del mismo modo, ó más bien análogamente, no puede el éter ponerse en movimiento sin agitar las mallas moleculares de los cuerpos pesados; y dada una gran intensidad, sin hacerlas trizas, disgregarlas y esparcirlas, como hace el rayo, cuando destroza las torres de las iglesias... ni, inversamente, la materia ponderable puede poner en movimiento sus groseras mallas moleculares, sin que á sus movimientos correspondan, *correlativamente*, excursiones especiales en el éter sutilísimo.

*
* *

Se ve, pues, que aun conviniendo todos los físicos en la necesidad de admitir el éter, primeramente para explicar los fenómenos de la luz, y después para dar razón de los fenómenos eléctricos, no hay ya la misma unanimidad respecto de las propiedades que al éter se atribuyen.

Habia un ridículo personaje que, cuando era pre-

guntado, hablaba de los montes y los ríos, de las fuentes y los valles, como si hubiera asistido á su formación en los primitivos días de la tierra. Riesgo corren muchos profesores de parecerse al tal sujeto cuando hablan de ÉTER y MATERIA, como si hubiesen visto ambas sustancias, si son dos, y hubiesen zarandeado entre las manos sus recónditos elementos.

De lo que sea la EXTERIORIDAD, sólo sabemos que nos modifica, resistiéndonos, como si nos empujara ó percutiese; y sería el colmo de la credulidad el sostener que, porque tengamos conciencia de la modificación, conocemos su antecedente. Tanto valdría asegurar que el GOLPE dado por un martillo, es hierro, ó es acero, bronce ó piedra. El golpe no es la sustancia que lo da.

La didáctica indudablemente exige el tono dogmático del profesor; pero no dogmaticemos tanto que hagamos creer VERDAD lo que empieza por HIPÓTESIS y jamás pasa de CONJETURA.

*
* *

Nada más legítimo que formular supuestos y que inventar teorías; pero, por lo mismo que son de invención nuestra, no les concedamos los inflexibles atributos de la realidad. Ptolomeo estancó la civilización durante mil años, enseñando que la tierra estaba fija, y el gran Galileo tuvo que confesar, de rodillas ante los inquisidores, que la tierra no se movía. Si al levantarse no dijeron sus labios el famoso *e pur si muove*, su conciencia debió decirlo, y esto basta.

Saint-Claire Deville encontraba nuestra ciencia moderna llena de CAUSAS OCULTAS, como la de la EDAD MEDIA, y por eso afirmaba que todas las hipótesis admitidas hoy desaparecerán algún día, sin exceptuar siquiera á la de las undulaciones de la luz.

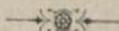
*
* * *

Lo ABSOLUTO, pues, no está á nuestro alcance; y por eso, necesariamente, todos los dogmas científicos están destinados á la muerte. El progreso así lo exige. ¿Cayó un dogma? Pues regocijémonos; que una verdad nueva ha venido al mundo. No los rechazamos, no; pero

comulguemos en ellos solamente mientras resulten medio indiscutible de conjunto, de ligamen entre los fenómenos y de unidad entre las leyes. No pongamos, pues, mordazas al que hable en contra, ni le cerremos los oídos.

Negarnos sería condenarnos á una mortal estancación, y entregarnos á la muerte,

EDUARDO BENOT



Moralejas.

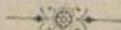
Esos rizos juguetones
de tu brillante melena,
esa frente pura y llena
de risueñas ilusiones,
esos ojillos bribones
que el mirarlos enajena,
esa boca, que envenena
de muchos los corazones;
ese cuello tan gracioso,
ese seno palpitante,
ese brazo tan hermoso,
esa cintura elegante,
ese... que siga el curioso
que haya visto lo restante:

—
Camila, tan celebrada
por su hermosura, ligera
subía por la escalera
que conduce á su morada.

Al pie, un joven contemplando
está entusiasmado, ansioso,
algo muy apetitoso
que la niña va enseñando.

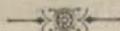
Lo hubo de notar Camila,
y exclamó con dulce acento:
—No mire usted tan atento
el bajo, que no se alquila.

Entró á punto en el portal
la vieja Tomasa, y dijo:
—Pues si el bajo no, de fijo
que se alquila el principal.





Todo el oro he fundido en el hornillo
 hasta dejar exhausto mi bolsillo,
 por conseguir el pícaro diamante;
 pero nada, el carbón no cristaliza,
 y mi afán con el oro se deshiza
 tras del puro brillante
 para lograr tan solo la ceniza.



EL REY DE LA CREACIÓN

FÁBULA INMORAL

Contemplando un fanfarrón
 La naturaleza un día,
 —“Yo soy, entre sí decía,
 el rey de la creación.
 Para mí de verde alfombra
 cubriéndose el campo va,
 y para mí el árbol da
 dulce fruto y fresca sombra.
 La madre Naturaleza,
 para recreo y sustento,
 me dió animales sin cuento
 con asombrosa largueza.”

En esto salió un león
 de la selva de repente,
 y se comió lindamente
 al rey de la creación.

JOSÉ ESTREMERÁ.



EL ULTIMO REINADO

Es media noche: profundo
silencio en El Escorial.
De su lecho funeral
sale Felipe segundo.

Las naves desiertas cruza,
caminando en el vacío;
y desde un hueco sombrío,
— ¡Alto! le grita Lanuza.

Del esqueleto real
ni un hueso se estremeció,
y hacia el vil que le mató
fuese él justicia inmortal.

De un cirio al fulgor incierto,
el gran déspota le vé,
y exclama: — ¡No te maté!
— Sí; mas tú también has muerto.

— ¡Muerto yo! ¿y vive Castilla?
— Vive. ¿Dónde vas?
— Traidor,
á ver al Inquisidor
que aguarda al pie de mi silla.

— ¡Insensato, no lo intentes!
ya no eres rey ni eres hombre;
solo de ti queda un nombre
maldecido por las gentes.

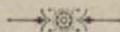
Libre el mundo sin ti goza...
 Vuelve á la tumba al momento
 —¿Y tú?
 —Voy al monumento.
 que me ha alzado Zaragoza (¡!)

—¡Te aclama la odiosa plebe!
 Mas eres mi siervo, vamos.
 —¿Dónde?
 —¡Al patíbulo!
 Estamos
 en el siglo diecinueve.

—¡Paso á Felipe segundo,
 todo á su imperio sucumba!
 —Ya no eres rey.
 —Sí: en la tumba,
 como antes lo fuí en el mundo.

—¿No se uncían los villanos
 obedientes á mi ley?
 también ahora ¡siempre rey!
 ¡Mis siervos siempre gusanos!

BENIGNO PALLOL.



Á UNA ALUCINADA

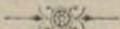
Soñando hallar á tu amorosa herida
 curación, ó un alivio á tus congojas,
 del hombre huyendo, en Dios no te recojas
 ¡que es la mayor torpeza de la vida!

Trata de recobrar la fe perdida,
 pues sin ella de todo te despojas,
 y como por el viento van las hojas,
 ve tú por las pasiones combatida.

Confía en tu virtud y en tu belleza
 para del triunfo conseguir la palma;
 mas no cometas nunca la torpeza

de profesar, en tu dolor sin calma,
 que al hacer una virgen tal simpleza..
 ¡el hombre pierde un cuerpo, y Dios un alma!

AQUILES NERÓN.



CUENTOS INOCENTES

LOS TRES AMIGOS

No fué pequeña la algarabía que produjeron aquella noche en el café de Fornos los tres ilustres miembros de la altiva nobleza castellana. Cada cual se ereía de superior abolengo que sus dos compañeros, y gritaba á más y mejor para ensalzar su preclaro linaje y la inmaculada limpieza de su apellido.

La discusión había comenzado por la mañana en una tienda de vinos de la calle del Príncipe, donde entre cañas de olorosa manzanilla de Sanlúcar y platos de ricas ostras de la Coruña, los tres individuos de la buena sociedad madrileña, después de hablar de los *apetitos ciegos* y *desordenadas pasiones* de los huelguistas de Glasgow, se habían dirigido algunas frases duras, provocadas por la templanza con que uno de ellos juzgaba los actos de los *trastornadores* del orden social; había continuado, ya convertida en reyerta, en un palco de la Plaza de Toros, donde los tres amigos se habían dirigido apóstrofes y reconvenciones que ponían de relieve el origen de la mayor parte de los caudales y de los títulos de nobleza de la gente llamada aristocrática, y había seguido, transformado en verdadero pugilato de insultos, alrededor de una mesa del café de Fornos, donde los interlocutores gritaban, gesticulaban y amenazaban.

Los concurrentes pudieron oír voces en las que sonaban calificativos de asesinos, negreros y meretrices aplicados á condes, marqueses y duquesas, y pudieron

ver bastones que se alzaban y caían sobre la cabeza de los tres discutidores.

El público se levantó de sus asientos y se dió prisa para separar á los tres distinguidos contendientes: los camareros se lanzaron hacia las puertas del café para llamar apresuradamente á los guardias municipales, pero fueron detenidos por algunos caballeros: ¿cómo era posible permitir que interviniera la autoridad en un pequeño incidente surgido entre ilustres individuos de la mejor sociedad de Madrid? Porque se trataba nada menos que del duque de Ponfechada, del marqués de las Marismas y del vizconde de Morano: ¡aún hay clases!

La mediación de amigos officiosos de los tres aristócratas sirvió para que éstos se apaciguaran; pero no para que dejase de gritar el duque de Ponfechada, que decía con voz temblona:

—No basta obtener un título de nobleza para ser noble; y ese Morano, que debe sus riquezas y su nombre á un tratante de esclavos que convertía á las negras en concubinas suyas y de sus amigos para aumentar los artículos de su comercio, es indigno de cruzar conmigo la espada en el terreno del honor.

—Nosotros (añadía el marqués de las Marismas), pertenecientes á la antigua aristocracia, no podemos admitir ninguna clase de satisfacciones de esos advenedizos que pretenden igualársenos: somos depositarios de las glorias de España y llevamos nombres ilustres, enaltecidos por altos hechos que nuestros ascendientes realizaron desde los siglos XIV y XVI, en que fueron creados nuestros respectivos títulos.

Mientras tanto, el vizconde de Morano decía á varios que le rodeaban:

—Esa gente me cree menos ilustre que ella, porque mi nobleza es más moderna; pero ¿quién fué el primer duque de Ponfechada? Un palafrenero portugués, traidor á su rey Fernando I y premiado con ese motivo por Enrique II de Castilla. ¿Y el segundo? Un intrigante que vendió su influencia al papa Clemente VII y á la vez al competidor de éste, Urbano VI; ¿Y el tercero? Traidor también, que favoreció en Túnez á los moros contra D. Juan II, ¿Y el cuarto? Un merodeador. ¿Y

quién es el marqués de las Marismas? Descendiente de un bandido que en tiempo de Felipe II compró por unos cuantos miles de reales su indulto y un título de nobleza, y luego se dedicó á prestar ó vender servicios íntimos al Rey.

En el momento en que volvían á acalorarse los tres nobles aristócratas, se oyó un tumulto en la calle de Alcalá: muchos caballeros entraron apresuradamente en el café; las puertas del establecimiento se cerraron, y los concurrentes se agolparon á las ventanas.

—¡Una revolución! ¡un motín! decían en voz entrecortada las gentes.

Se oían gritos dados en la calle: «¡Viva el trabajo!»! «¡Viva la justicia!»! «¡Viva España con honra!»

—Señores, exclamó el duque de Ponfechada dirigiendo la palabra á Marismas y á Morano: esos gritos subversivos de los descamisados, implacables enemigos del orden social, nos aconsejan que nos reconciliemos para la defensa de nuestros intereses de clase: nobleza obliga: los momentos son graves: acordémonos de que nosotros y nuestros iguales somos los defensores del Altar y del Trono y no nos dejamos arrollar por esa plebe que nada tiene que perder: salgamos á la calle y corramos á ocultarnos en nuestras casas.

*
* *

EL SEÑOR ALCALDE

Y tiene razón el señor marqués de Aracenas: su derecho para ser alcaldeperpetuo de la ciudad de Portasta es tan indiscutible como cualquier otro derecho fundado en la tradición y en la herencia. ¡Como que desde tiempo inmemorial ese cargo viene poco menos que vinculado en la familia, y sólo en épocas de turbulencias y de calamidades ha dejado de ser jefe absoluto de Portasta el jefe de la casa señorial de los Aracenas!

El señor marqués conoce perfectamente la historia de la dominación de su familia: él es muy respetuoso con la memoria de sus mayores, y ha procurado inda-

gar el proceso de formación de su inmensa fortuna para tributar mayor homenaje de respeto al ilustre antecesor que mejor haya sabido convertir en bienes propios los bienes de propios. Y ha averiguado cosas muy interesantes, sólo que no se atreve á hacerlas públicas: ¡hay tantas gentes envidiosas!

Pero á veces, en sus ratos de expansión, cuando se halla á solas con su familia y oídos importunos de amigos ó servidores no le inquietan, suele relatar algunos de los méritos de sus antepasados. De quien más frecuentemente habla es de Nuño, primer Aracena de que hay noticias, el cual, á mediados del siglo XIII, formó parte como soldado de las huestes con que D. Alfonso el Sabio conquistó de los moros la ciudad de Portasta, y por su firmeza en matar, su destreza en herir y su fervor religioso, consiguió ser nombrado alférez de la ciudad y que se le adjudicaran unos terrenos para mantenimiento de los soldados que tuviera á sus órdenes en tiempo de guerra; aquellos terrenos continúan todavía en poder de los Aracenas, por supuesto, ampliados considerablemente, merced á ensanchamientos sucesivos tolerados y luego legalizados por el municipio, á compras hechas en circunstancias favorables para la familia, calamitosas para la ciudad, y á adquisiciones logradas en virtud de ciertos documentos colocados oportunamente en los archivos municipales y encontrados por *casualidad* cuando nadie sospechaba en su existencia.

No pocos elogios dedica el marqués á su preclaro ascendiente D. Beltrán, que á principios del siglo XVII utilizó las antiguas murallas de la parte septentrional del pueblo y los terrenos contiguos, para hacer, por cuenta del Ayuntamiento casas que ahora aparecen como de la propiedad de los Aracenas, y que sin duda á ellos pertenecen, porque así lo declaró hace muchos años una autoridad competente, fundada en un acta del Tribunal de la Inquisición y en varios documentos, en los cuales algunos malvados llegaron á suponer que se habían hecho raspaduras y enmiendas.

La familia de Aracenas goza merecido prestigio, y una legítima influencia en toda la comarca; el marqués actual ha sido alcalde de Portasta desde hace medio

siglo, aunque con algunas intermitencias; y si bien hay murmuradores (¿quién está libre de ellos?) que hablan del pan de tierra y maíz que da á los campesinos que trabajan en sus haciendas, de la tiranía feudal que ejerce sobre sus colonos, y de la contribución que abona al Erario público, equivalente á la octava parte de la que debía pagar, es lo cierto que se considera á sí mismo como una providencia del país en que vive, y que nada que dependa de los poderes públicos se hace en su comarca sin su intervención y consentimiento.

¿Cómo no se ha de ofender ante la actitud de algunos bulliciosos que derrotaron su candidatura en las últimas elecciones municipales? Ni siquiera debían de hacerse tales elecciones; por sus antecedentes y su progenie, es tan alcalde de Portasta como dueño de sus heredades.

—El soberano que rige un país, ¿puede considerarse, para ser jefe de su nación, con más derechos que yo tengo para ser jefe de esta comarca? dice el marqués, poseído de noble indignación.

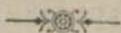
Por fortuna, la influencia oficial anula y corrige la ley á gusto del prócer, y el marqués de Aracenas vuelva á ocupar la alcaldía de Portasta.

—Señores, exclamó ante los concejales el día en que tomó nuevamente posesión de su cargo: sé que vuelvo á ocupar este sitio por mi propio derecho, y me propongo ejercer mi autoridad en beneficio de los buenos: esos perturbadores que me combatieron en el juego de las elecciones pasadas, pueden contentarse con los desahogos que les permiten las leyes escritas; esas leyes se redactan para ilusionar y entretener á todos; pero los hombres sensatos que tienen en sus manos el poder en la monarquía, gobiernan para la patria, y la patria se compone de los que poseen la tierra y sus productos, no de las turbas, que no tienen arraigo en ninguna parte, y que pudieran ser expulsadas hacia los desiertos salvajes en el momento en que los propietarios no necesitaríamos sus servicios mercenarios.

M. RODRÍGUEZ-NAVAS.



Tres zánganos decentes
que no pasaron nunca de estudiantes
y llegaron á ser los más pedantes
de cómicos, golillas y otros entes.



EPITAFIOS

Aquí yace un contador
Que jamás erró una cuenta...
A no ser á su favor.

Aquí reposa un francés...,
Al fin parado le ves.

Aquí á una bruja enterraron
Chamuscada á fuego lento...
Nunca es malo un escarmiento.

Aquí yace una soltera
Rica, hermosa, forastera,
Que sordomuda nació...
¡Si la hubiera hallado yo!

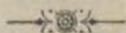
Sub hoc tímulo .. adelante,
Que este será algún pedante.

Aquí yace un andaluz...
Por eso han puesto la cruz.





— ¡Condenadas al ayuno
por ese gomoso infiel!
— ¡Si viniera Rafael!
— ¡Si Rafael es un tuno!
— Más generoso es Miguel...
y más que Miguel es Bruno.



FÁBULA TRASCENDENTAL

— Mi amigo Blas Cereza
se comió treinta panes sin cortaza.
.....
¿Hay alguno que diga
que esta fábula tiene poca miga?

VITAL AZA.





DIOS ES CARLISTA

ONDE se hace un favor, hay una cosa
queda un esclavo; gratitud obliga.
Hay cierta imposición no deshonrosa
de aquella mano amiga.

—
Un muchacho se ve favorecido,
y es un hereje atroz quien lo protege:
¡Pues yo creo que el chico, agradecido,
deberá ser hereje!

—
Por esa misma ley de los favores
he venido á sacar en consecuencia
que es un carlista atroz, de los mayores,
la Santa Providencia.

—
El bando *carca*, con heroico brío,
va defendiendo á Dios. ¡Es su conquista!
Dios no es ingrato, como no es impío...
¡Luego Dios es carlista!

—
Ellos y Él, en la civil contienda
tragedia harán, lo que empezó sainete..
¡Es necesario que el Gobierno prenda
á Dios y á Carlos Siete!

JOSÉ DE DIEGO

LA DESPOSADA DE CORINTO



I

TIERTO mozo de Atenas fué á Corinto á casa del que le prometiera su hija. Había permanecido pagano, y no sabía que la familia con quien deseaba emparentar había entrado en el gremio de la Iglesia. Llegó á deshora, y estaban ya acostados todos, menos la

madre, que le sirve el pan de la hospitalidad, y lo deja luego descansar.

II

Estaba muy fatigado, y se acostó á dormir; pero apenas comenzó á dormitar, cuando vió entrar en su estancia una figura de mujer. Era una doncella vestida de blanco, con una venda negra bordada de oro en la frente.

III

Al verlo, levanta con sorpresa la blanca mano y exclama:

—¿Soy ya tan extraña en la casa? ¡Ah, pobre reclusa! Pero tengo vergüenza y salgo. Reposa.

—Quédate, hermosa joven; he aquí á Ceres y á Baco, y contigo el Amor. No tengas miedo, dijo el mozo.

—¡Ah! Lejos de mí, joven; yo no pertenezco ya á la alegría y los placeres. Por un voto de mi madre enferma, la juventud y la vida están ligadas para siempre, Los antiguos dioses han huído, y los únicos sacrificios que admiten los nuevos, son víctimas humanas.

—¿Y serías tú, quizá, una de ellas? ¡Tú, que me fuiste prometida desde la infancia! El juramento de nuestros padres, nos unió para siempre con la bendición del cielo. ¡Oh doncella! Sé mía.

—No, amigo, no puedo ser yo; sea mi hermana menor. Cuando yo gima tristemente en mi frío calabozo, tú, en brazos de ella, piensa en mí que me consumo, que sólo pienso en ti, y que pronto estaré debajo de tierra.

—No; y pongo por testigo á esa llama, que es la llama del himeneo. Quédate, y vendrás después conmigo á la casa de mi padre.

IV

Por regalo de bodas, le ofrece una copa de oro. Ella le da su cadena, pero á la copa de oro prefiere un rizo de los cabellos de su amado. Es la hora de los espíritus. La novia, con sus labios descoloridos, bebe el sombrío vino de color de sangre; el novio bebe ávidamente, después de invocar al Amor. Ella, si bien poseída de amor, se resistía, sin embargo, á los deseos de su prometido; mas él, al ver su desvío, se desespera y cae sobre el lecho llorando. Ella, entonces, al verle tan afligido, se pone á su lado.

—¡Ah! exclama la doncella. ¡Cuánto daño me hace tu dolor! Pero si me tocaras, ¡qué espanto! Escucha: blanca como la nieve, fría como el hielo ¡ah! Tal es tu prometida.

—Yo te calentaré, amada mía. ¡Ah, sí. Yo te calentaré. ¡Aunque salieras de la tumba!...

V

Cambian suspiros y besos. El Amor los estrecha, los liga y mezcla con el placer sus lágrimas. Sedienta ella, bebe con ansia el fuego de su boca: su paralizada sangre se abrasa con la pasión amorosa; pero su corazón no late en su seno.

Entretanto, la madre escuchaba por fuera. Juramentos de amor, suspiros de queja y de deleite, llegaron hasta sus oídos.

—¿Qué pasará? exclama con sorpresa.

*
**

—¡Silencio! dice la novia. Es el canto del gallo. Hasta mañana á la noche.

Dspués se escuchan nuevos besos.

La madre entra entonces indignada. ¿Qué ve? ¡Su hija! ¡La que ella había prometido á Dios, en brazos de un amante!

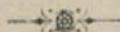
El la envolvía y ocultaba. Pero se desembaraza, y poniéndose de pie sobre el lecho, dice:

—¡Oh, madre, madre! ¿Envidiabas mi dichosa noche y me echas de este tibio lugar? ¿No te bastaba haberme envuelto en la mortaja y enviarme tan pronto al sepulcro? Pero una fuerza superior ha levantado la piedra. Por más que tus sacerdotes salmodiaran sobre mi fosa, ¿qué hacen la sal y el agua, donde arde la juventud? La tierra no enfria el amor. Tú me lo prometiste, y yo he venido á reclamar lo mio...

—¡Ay, amigo mio! Es preciso que mueras también. Aquí descaecerás y te secarás. Tengo tus cabellos: ma-

ñana serán blancos. Madre, el último ruego. Abre mi obscura prisión, enciende una hoguera, y tenga el amante el reposo de las llamas. ¡Salte pronto la chispa que ha de enrojecer la ceniza! Los dos iremos luego á reunirnos con nuestros antiguos dioses.

FLEGON (1).



EPITAFIOS

Don Juan de Azpeitigurrea,
¡Para el diablo que te lea!

—
Ya que no pide doblones,
Pide esta vieja oraciones.

—
¡Canónigo... de repente...
Y morir en nochebuena!...
Se le indigestó la cena.

—
Eche una limosna, hermano,
Y que no suene el dinero,
No reviva este usurero.

—
Aquí enterraron de balde
Por no hallarle una peseta...
No sigas: era poeta.

—
Una palma han colocado
En la tumba de Lucía...
Es que dátiles vendía.



(1) Liberto de Adriano.



ARÁS lo que te plazca, hermosa mfa.
 porque no soy un cura muy beato,
 por conveniencia mía;
 además, nunca he sido timorato,
 ni por cuestion de lujo ni boato
 he armado jamás algarabía.
 En mi casa domina la ventura
 y siempre la alegría:
 yo te consentiré alguna locura
 conmigo, por supuesto, y serás tia,
 si quieres, pero nunca ama de cría:
 en mi casa serás ama de cura.

Moraleja.

—No temas nada: nadie nos escucha,
 dije á Isabel, y la estreché en mis brazos.
 Y al mirarla prendida en tales lazos,
 murmuré para mí:—Es cosa hecha.

Mas ella, en vez de huir, bajó la frente,
 sin atreverse á protestar siquiera,
 y su ya suelta y rica cabellera
 acarició mi rostro blandamente.

Entonces... ¿fué virtud ó cobardía?
 ¡Cómo impone el candor á los impuros!
 Mas... ¡calle! ¡Si me faltan cinco duros,
 el único caudal que yo tenía!

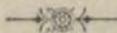
Epitafios.

¿Ya hay pleito sobre el sepulcro
 Y aún no está el hombre enterrado?
 ¡Este sí que era letrado!

—
 Yace aquí Blas, y se alegra
 Por no vivir con su suegra.



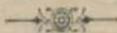
Inés, en cuyos ojos crece el fuego,
me llama «ángel mío.»
Pues, ¿por qué á pesar de tanto ruego
deja en invierno que me hiele el frío?



Epitafios.

Un borrego han esculpido
En una tumba modesta...
¿Tuvo el difunto el Toison?
Fué escribano de la Mesta.

Aquí yace un oidor sordo,
Un relator tartamudo,
Un vista con cataratas..
¡Pues anda bonito el mundo!



EL ÚLTIMO TRANCE

EL triste drama que ante nuestra vista se va á desarrollar, tiene lugar en la alcoba de una casa pobremente amueblada.

Entrando en la habitación se encuentra, á mano derecha, una mesa de noche, sobre la cual hay un crucifijo alumbrado por dos velas de cera. A la izquierda una cuna, en donde un niño de corta edad asoma su cabecita de ángel dormido por entre las blancas sábanas que lo cubren, y allá, en el fondo, en lo último de la alcoba, aparece una hermosa cama, sobre la cual se destaca la siniestra y lúgubre figura de una mujer en la agonía. Las paredes se hallan cubiertas por algunos retratos é imágenes de Santos, y los ángulos de la habitación están ocupados por algunas sillas de pobrísimo aspecto.

De pie, junto á la cama, pálido como un muerto é inmóvil como una estatua, se encuentra un hombre bastante joven aún: es el amante de la meretriz.

Ni el más ligero ruido turbaba el imponente silencio que en toda la casa reinaba: las últimas palabras las había pronunciado un ministro del Señor, que tuvo valor para marcharse sin perdonar, ¡quién lo creería! á la desgraciada que muy en breve abandonaría este mundo para comparecer ante el augusto tribunal de Dios. Sí: aquel hombre cuyo corazón debía estar hecho para la caridad y el amor, no había querido perdonar á la mujer que fué infel á su marido por seguir á otro hombre á quien quería con toda su alma, por quien sentía una pasión tan grande como el espacio, tan pura como el cielo.

¡Oh! La había dejado sola, desamparada, sin ese sublime consuelo que la verdadera religión cristiana vier-

te en el ánimo del triste que se despidió del mundo para siempre. Sus entrañas fueron tan duras, que oyó sin conmoverse estas palabras que con acento de inmenso dolor, de indescriptible angustia, pronunció aquella pobre madre:

—«¡Padre, una infeliz os pide perdón para ella y para su infortunado hijo!»

Estas palabras no produjeron efecto ninguno en aquel hombre: rebotaron sobre su granítico corazón, como las flechas rebotaban sobre las bruñidas armaduras de los antiguos guerreros. No es de extrañar, pues, que un profundo silencio sucediese á la salida del sacerdote; pero aquel silencio no era tranquilo, era, por el contrario, un silencio rabioso, de desesperación y de locura.

Aquella mísera mujer, en el último trance de su vida, había vuelto los ojos hacia la religión, para encontrar en ella el perdón de todas sus culpas, y vió con inmenso desconsuelo que aquella religión le había vuelto la espalda, en lugar de abrirle cariñosamente sus brazos y recibirla en su seno.

¡Cuán lamentable y digno de compasión era su estado! ¿Qué puede esperar del mundo el que al dejarlo, ve desvanecida para siempre la única y más bella esperanza de su vida? Nada: la desesperación y la muerte.

De repente, el angusto silencio de aquella triste mansión fué interrumpido por estas palabras, que la enferma dirigió con voz desfallecida al hombre que estaba delante de la cama.

—¡Qué desgraciada soy, Rodrigo mío; hasta en el lecho de muerte me persigue la desgracia; mi perdición es segura; en este mundo nadie ha tenido compasión de mí, y en el otro nadie la tendrá tampoco!...

—¡Oh, no!, sollozó el joven sentándose al lado de la enferma y estrechando sus manos; no digas eso Matilde: yo he tenido compasión de ti, te conozco y te perdono.

—Pero ese ministro del Señor, murmuró la desgraciada agitándose convulsivamente, no me ha prodigado ni una sola frase de consuelo, y eso es muy cruel, Rodrigo, muy atroz; eso de que ni Dios me perdone mis faltas, cuando todas las he cometido por ti, por el in-

menso amor que te tengo; eso de que yo sea causa de la perdición de nuestro idolatrado hijo, es muy terrible!.. ¡Rodrigo! prosiguió sentándose en la cama, mediante un esfuerzo supremo: ¿qué va á ser de mí?...

—¡Ah! aulló el pobre amante, clavando en el cielo una mirada de desesperación: todo se conjura contra nosotros; el mundo nos desprecia, la religión nos vuelve la espalda, sus ministros nos condenan,.. ¡maldita una y mil veces sea ella y!...

—¡Oh no, Rodrigo!, exclamó la enferma, extendiendo su descarnado brazo hacia el desesperado joven; no reniegues de nuestras creencias, de las creencias de nuestros abuelos; mira que son mi vida, que forman parte integrante de mi ser...; yo no puedo renegar de mi religión, como no puedo renegar de tí, á quien tanto he amado!....

—Pero, Matilde, ¿no ves que todo nos falta, que todos huyen de nosotros, que hasta el cielo parece negarnos su apoyo? ¡Negar su perdón á ti, que debía salvarse por la grandeza de su corazón y la nobleza de sus pasiones!...

La voz se ahogó en la garganta del infortunado amante, y un elocuente silencio sucedió á este corto diálogo, lleno de creencias contrariadas, de amor y de energía.

Matilde, desfallecida por el esfuerzo que había hecho para sentarse, se había acostado de nuevo, y fijaba su vaga mirada en uno de los pilares de la cama. Sus largos y negros cabellos caían por sus hombros en completo desorden, cubriéndole el cuello, y haciendo con su color oscuro, que resaltara aún más la mortal palidez de su semblante; su respiración era por momentos más anhelante y fatigosa. Así transcurrió un cuarto de hora: un cuarto de hora de angustia y desesperación suprema, que sólo pueden comprender la madre que al borde del sepulcro se despide de su hijo para siempre, y el hombre que se ve privado del apoyo de la mujer querida.

De pronto la enferma experimentó un ligero sacudimiento, y acercándose á su amante;

—Tengo frío, dijo dulcemente; un frío horroroso, ¡oh!... ¡Estoy tiritando!

En efecto, sus manos estaban yertas, y sus dientes castañeteaban. —Rodrigo, murmuró la infeliz, mirando al desgraciado joven; estoy cada vez más débil, siento ya muy poca vida... Rodrigo mío, nadie me ha perdonado; tú solo has tenido compasión de mí, tú sólo vendrás á llorar sobre mi triste y solitaria tumba; ahí te queda nuestro idolatrado hijo, vela por él, cuidalo, mira que ese hijo es otro yo!... ¡Adiós, yo me muero... dame un beso de despedida!...

—¡Ay, sin ventura de mí! dijo llorando como un niño el misero amante; no hables de muerte ni despedidas; ¡me destrozas el alma con esas palabras!. . Y diciendo esto, la estrechaba contra su corazón, mojado su cabeza con las lágrimas que hilo á hilo salían de sus ojos.

—¡Adiós, adiós! agregó la enferma, dejándose caer en el lecho con el estertor de la agonía; no hay compasión para mí; he labrado tu desgracia y la de ese hijo... ¡Oh! Todos me desprecian, nadie me perdona .. Dios me rechaza... ¡estoy maldita y muero desesperada!...

Al decir esto, se volvió del lado de la pared, retorciéndose convulsivamente. Sus ojos se entornaron, sus descoloridos labios se entreabieron, y dejaron escapar un ahogado suspiro...

¿Qué fué lo que después se vió?

Se vió á un hombre desesperado, que en los transportes del más terrible de los dolores abrazaba y besaba furiosamente los inanimados restos de una mujer, como si con sus caricias los hubiera querido volver á la vida; un niño huérfano apenas nacido, y el cadáver de una desgraciada madre, muerta en brazos de la más espantosa desesperación, por no haber encontrado una frase de consuelo en el supremo trance de la muerte.

.....

¡Ah, Religión! Si tú nos ayudas á morir, si tú sabes llevar el dulcísimo bálsamo de la resignación al corazón de los desesperados, entonces tu misión es respetable y santa; pero si no es así, si eres intolerante, si eres sorda á los lamentos de los desgraciados que sufren, entonces Religión.. ¡¡maldita seas!!

LA CONFESIÓN

Á RAMÓN SILVESTRE ALBORS

Entra en el templo una doncella hermosa
como un rayo de luz:
llega al altar mayor, y se arrodilla
contrita ante la cruz.

Abre un devocionario, y con anhelo
se entrega á la oración.
La llama de la fe abraza su puro
y virgen corazón.

Corto tiempo transcurre; se levanta,
y con paso tan breve cual gentil,
hasta un confesonario se aproxima.
Allí está el cura: ¡el tigre en su cubil!

La ve llegar, y al punto alza la frente;
la mira de través
y dice entusiasmado: "¡Ay Dios, qué rica!
¡Pero qué rica es!"

Dobla la joven la rodilla. Empieza
la fórmula usuäl,
mientras el confesor, emocionado,
se agita en su sitial.

Después viene *el ojeo*. El cura dice,
de su deber en pos:
—Vamos á ver, hijita: vos, sin duda,
¿amaréis mucho á Dios?
—Sobre todas las cosas, padre mío.
—Muy bien; hacéis muy bien.
Sobre todas las cosas se le ama.
Así se va camino del E lén.

—No jurar... Estoy cierto que vos nunca juráis, niña, ¿verdad?

—Nunca, señor, me place: es un pecado que acusa la soberbia y la impiedad.

—Como buena cristiana, ¿los domingos y fiestas de guardar, la misa oiréis, y una vez, por lo menos, anualmente, á confesar iréis?

—Todas las fiestas guardo y santifico, y siempre con la Iglesia bien cumplí. Me confieso una vez dentro del año.
¡Así! ¡Así! ¡Así!

—Pero fuera mejor, hermosa joven (prorrumpe sin poderse dominar), que os confesarais todas las semanas: es preciso cuidar... del alma con frecuencia, que el demonio constantemente acecha á la virtud. La confesión es santa, y del espíritu conserva la pureza y la salud.

Y la contempla con hambrientos ojos, para sí murmurando con fruición:
—me está volviendo loco esta *barbiana*,
¡Jesús, qué desazón!

El cuarto... ¿Honrasteis siempre á vuestros padres?

—Siempre los respeté, y siempre sus consejos y advertencias con cariño acaté.

Luego le dice con meloso acento:

—Confiado en vuestra fe, ¿espero que vendréis á confesaros la próxima semana?—Sí; vendré.

Respira el cura y el examen sigue.

El quinto no matar

¿No habéis matado nunca? Aquí la niña sonrío sin poderlo remediar.

Y—no—prorrumpe, llena de inocencia, con infantil candor.

Aquí el páter al fin halla motivo
para echarle una flor.

— ¿Que no, decís? Mataron muchas veces,
con impiedad cruel,
vuestros ojos brillantes como estrellas,
y vuestros labios, dulces cual la miel.

—
Mató vuestra hermosura peregrina,
vuestro rostro ideal,
vuestros... el cuervo ve que se desboca,
y á sí mismo se tira del ronزال.

—
Trémula y vacilante la muchacha
comienza á enrojecer.
El lazo está tendido. Vamos, hija.
El sexto... á ver... á ver...

—
Pregunta tras pregunta el grajo inmundo
formula con hondísima atención.
Sobre este mandamiento se prolonga
más de quince minutos la sesión.

* * *
El interrogatorio continúa
sin importancia ya.
La joven demudada, amarillenta
y pensativa está.

—
La confesión acaba. El sacerdote
masculla algunas frases en latín,
y absolviendo á la bella penitente,
el acto tiene fin.

—
La mano alarga, que la niña besa
con honda contrición.
Al recibir la suya el reverendo
le da un dulce apretón,

—
murmurando á su oído: ¡adiós, pichona!
¡no mé hagas con tu ausencia padecer!
Y la mira alejarse lentamente,
diciendo: ¡vaya, vaya una mujer!

PEDRO BARRANTES.

Valencia.





BA el padre Primitivo
 rezando la letanía,
 y al decir "Virgo María,"
 se quedó algo pensativo.
 "No comprendo (exclama altivo)
 cómo pasamos por esa.
 ¡Pues qué! ¿Una mujer ilesa
 puede lograr en un día
 ser madre y virgo María,
 no siendo madre abadesa?"



Paseaba un rey joven una cierta tarde á solas por sus jardines, en unión de un favorito de la misma edad, á quien trataba con la mayor confianza y familiaridad; y se entretenían jugueteando en coger flores, cuando hallándose inclinado el favorito para cortar una rosa, llegó por detrás el rey, sin que él lo sintiera, y le sacudió una fuerte palmada en las asentaderas. Sea por efecto de la sorpresa, ó por la presión, es lo cierto que al cortesano, en el momento de recibir el golpe, se le escapó un poco de aire comprimido, haciendo el ruido consiguiente. Sorprendido el rey al escucharlo, y bastante amostazado por creer aquello una grave irreverencia, frunció el ceño de tal modo, que el favorito, que se había alzado en el momento, previendo una grave borrasca, y sin dar tiempo á S. M. para que hablase, procuró conjurarla, como lo consiguió, excitando una real sonrisa; diciéndole en tono festivo, al par quesumiso y deprecatorio:—¿Adónde llamará V. M. que no le respondan inmediatamente?



LA RELIGIÓN UNIVERSAL



ORROMPIDAS las costumbres de los romanos hasta el extremo de que su culto era una serie no interrumpida de prácticas groseras y de placeres sensuales, en los templos de Cupido y Venus; por tierra el sentido moral, base donde tienen asiento todas

las prosperidades de una sociedad; degradada la conciencia y dignidad de los hombres; muerto el sentimiento del pudor y de la virtud, en las mujeres; el poder del Estado en manos de despreciables cortesanos, sin más ley que su capricho, ni más freno que su voluntad, ni otro objetivo que la satisfacción de sus deseos y el coronamiento de su ciega ambición; los emperadores, en un tiempo terror de los pueblos, convertidos en disolutas y desvergonzadas mujerzuelas; presos los sacerdotes en las redes de sus propios vicios, convertían la religión en un medio de realizar sus torpes instintos; la riqueza, el lujo, la molicie y la crueldad, en fin, reinando como únicas soberanas en el corazón de todos los ciudadanos, reclamaban un cambio radical, una revolución general en las ideas y en las costumbres, que transformase de modo completo la podredumbre en salud, el vicio en virtudes, la pequeñez en grandeza, la anarquía en disciplina, la indiferencia en amor, el egoísmo en generosidad, y, en suma, tanta decadencia en prosperidad y lozanía. Existía entre los judíos de Roma la creencia, transmitida por la tradición y sancionada por la esperanza de libertad y

mejoramiento, en lo íntimo de los corazones de todos aquellos á quienes no arrolló la avalancha de la corrupción, que había de venir á la tierra para perdonar los pecados é iniciar una era de dicha y prosperidad sin término, un hijo de la familia de David, llamado Mesías. Esta esperanza, acariciada largo tiempo por todos los oprimidos, parecía no iba á realizarse ya á los impacientes. Empero, cuando la corrupción hubo llegado á su término, el vicio triunfó de la virtud, de la honradez la maldad, el fuerte del débil, la mentira de la verdad, de la piedad el egoísmo; cuando todo amenazaba un próximo inminente trastorno, comenzó á esparcirse entre las gentes el rumor de que el esperado Mesías había nacido ya, En efecto. Un joven de dulce y afable semblante, de sonrisa cariñosa, de palabra elocuente, de humildad increíble, de pobreza extrema, pues no tenía otros bienes que su túnica y un tesoro inmenso de amor hacia la humanidad, dentro del corazón, predicaba en los montes de la fértil Galilea, en los llanos, en las aldeas por donde pasaba, donde quiera, en fin, que se reunían para escucharle, que Dios amaba la pobreza y la virtud, y desprecia al rico y al vicioso.

Al escuchar sus palabras de amor y de esperanza, todos, los míseros, los afligidos, los débiles, los esclavos, los oprimidos, se fueron con él, sintiendo en sus corazones un consuelo inmenso cuando escuchaban, conteniendo el aliento para no perder la menos importante de sus palabras. sus elocuentes y hermosas predicaciones. Una revolución gigantesca, siguió á este primer movimiento de protesta contra el pasado: la revolución de las ideas; por todas partes surgieron prosélitos, que seguían los pasos del esperado reformador y le alentaban con sus palabras y consejos, aun cuando él no lo necesitase, á proseguir por el camino emprendido.

Los opresores, adormecidos al arrullo de los placeres, no advirtieron al principio este general movimiento del pueblo, que cual pacífico rebaño guiaban antes á su capricho; mas llegó á ser tan serio é imponente, que no pudieron menos de apercibirse. El instinto de conservación los hizo prepararse á la lucha para conservar sus placeres y riquezas, que veían se les esca-

paba de entre sus manos. El humilde predicador, el reformador desinteresado y elocuente, cayó en el combate á los primeros golpes de los hipócritas: un patíbulo ignominioso fué el término de una existencia, consagrada por entero á redimir á la humanidad; el ultraje fué la recompensa hacia un corazón todo bondad y dulzura; el tormento, el único consuelo que halló en su horrible soledad.

La generosidad de su alma se mostró hasta el último instante de su vida, pidiendo el perdón de los que le sacrificaban.

Exterminaron al apóstol, paralizaron para siempre la lengua del predicador; pero sus doctrinas de amor y de caridad fructificaron robustas y lozanas en el corazón de la mayoría de los hombres, como fructifica la semilla arrojada en el surco que abre la reja del arado, por la mano del labrador. El esclavo encontró, tras sangrienta lucha, la libertad; el oprimido sus derechos, el avaro su condenación, el tirano su ruina: la era, en fin, del derecho y de la justicia, habían comenzado su existencia en la historia del tiempo. Esto no fué, empero, sino la aurora de ese día sin término, que espera ansiosa la humanidad desde hace diecinueve siglos. Cuando los nuevos sacerdotes vieron el poder y las riquezas en sus manos, olvidáronse bien pronto de las doctrinas de libertad y de amor que se les habían dado, y fueron más, mucho más crueles que sus antecesores. El sacrificio de Jesús había, pues, resultado estéril. A los emperadores sucedieron los papas; á los supremos sacerdotes, los cardenales; á las vírgenes de Vesta, las monjas; á los oráculos, las revelaciones de los santos; al suplicio de la cruz, la hoguera; á los dioses del paganismo, los santos, las vírgenes y los bienaventurados; al reino de Plutón, el infierno; á Minos, Satanás; á los Campos Elíseos, el cielo; si los paganos y sacerdotes judíos eran crueles, la Iglesia católica lo era mucho más; á los templos que anatematizó Cristo, nuestras catedrales; á los Fariseos y los Escribas, los frailes, los jesuítas y los presbíteros; al pomposo culto de los antiguos, el ritual grosero y monstruoso de sus sucesores: habían cambiado de nombre; pero eran los mismos. ¿Por qué sucedió todo esto? Porque la libertad

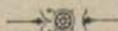
es incompatible con la ignorancia. ¡Sí! Aquellos hombres que destruyeron el paganismo, eran ignorantes y se dejaron deslumbrar con prodigiosos artificios; habían sido esclavos, y no sabían hacer uso de su libertad; eran supersticiosos, y necesitaban, después de una época de dudas, más supersticiones que satisficieran las monstruosas exigencias de su corazón; habían sido creyentes, y no supieron ser hombres de conciencia libre; habían sido crueles, avaros y egoístas, y no pudieron ser dulces, pródigos y desinteresados. La libertad y la justicia fueron ahogadas, apenas nacidas, entre las ambiciosas manos de los papas, que desearon, cual nuevos Césares, ser dueños del mundo. Ved esta enseñanza, grabada con indelebles caracteres en el gran libro de la historia de la humanidad; las naciones que más dioses y reyes han tenido, son las en que ha habido más esclavos, menos libertad y más crímenes.

«Todos los sacerdocios, ha dicho elocuentemente el Sr. Castelar, que al ritual se apegan y del dogma se olvidan, concluyen por parecerse á figuras puramente mecánicas, movidas por resortes puramente materiales.» Esto es lo que sucedió á aquellos primeros propagadores del cristianismo; esto es lo que les ocurre á los de hoy: de puro parecer mecánicos, se han petrificado, no siendo sino sombras de lo que quisieron ser.

La revolución iniciada por Jesús, continúa todavía; el libre pensamiento es el Mesías de los modernos tiempos: á él, pues, toca reformar nuestras corrompidas costumbres; él es la era de esperanza, paz y progreso, que todos esperamos, desde ha largo tiempo.

El libre pensamiento, en suma, es el porvenir con todas sus gracias y sonrisas, con todas sus promesas y perfecciones; el libre pensamiento es la libertad para la conciencia, la justicia para el desheredado, el consuelo para el affigido, la democracia sincera para las sociedades. La belleza de sus máximas y la pureza de sus doctrinas harán que sea la religión universal de las generaciones que pueblen la tierra en las edades que han de venir.

C. CH.



DE MI COSECHA

I

Tiene padres que la miman
y un amante que la adora;
mas sus quereres desprecia
por el hábito de monja,
sumiendo á todos, cruel,
en la tristeza más honda.

Muchos dicen que es un ángel,
y la bendicen y elogian;
pero yo la llamo necia
y la desprecio por loca,
porque una mujer sin alma
no es mujer... ¡es cualquier cosa!

II

Confiesa y comulga á diario,
con santo recogimiento;
nunca abandona el rosario;
es de Chapa ruin sectario...
¡y presta al ciento por ciento!

III

Ser presidiario ó marqués,
estriba sólo, Ramón,
en *robar* un panecillo
ó en *sustraer* un millón.

IV

Una vez que Dios airado
del Edén los hubo echado,
así Eva á Adán le decía;
—Si á él volviera... ¡con qué agrado
de nuevo le perdería!

V

Al río caímos los dos;
 él, clamó á Dios; yo, nadé...
 ¡y se ahogó llamando á Dios,
 y nadando me salvé!

VI

Eso que llaman el cielo
 por lo que tantos deliran,
 es hermoso... ¡como hermoso
 es todo lo que es mentira!

VII

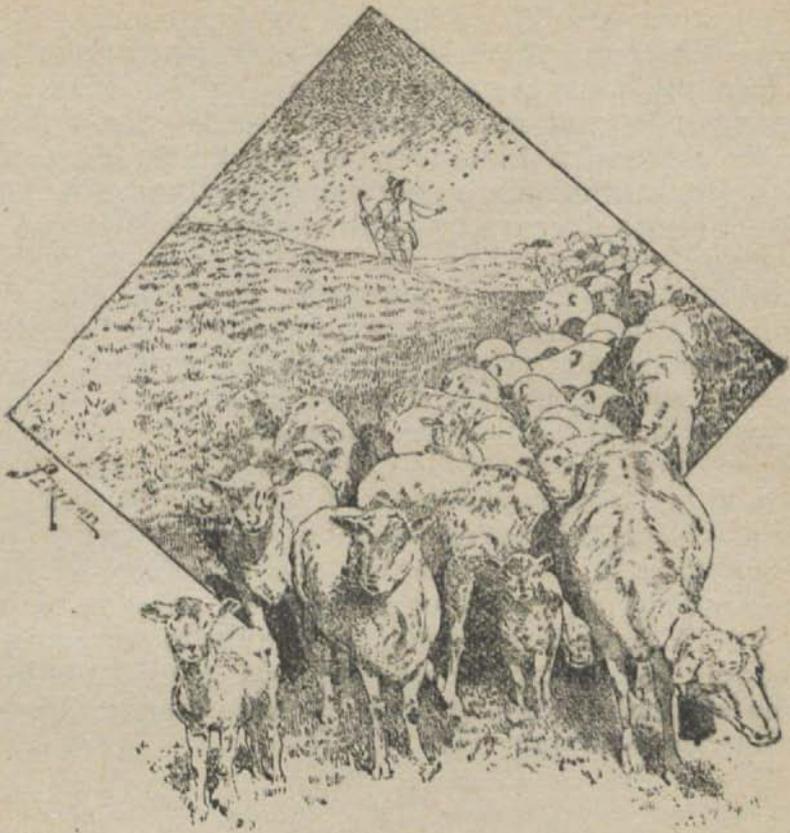
¿Dió quiebra? Pues compasión.
 ¿Robó una libreta hambriento?
 A Ceuta sin dilación...
 ¡hay que hacer un escarmiento!

VIII

¡Dios todo lo hizo perfecto!
 dicen; pero yo, insensato,
 no encuentro esa perfeccion
 cuando miro á un jorobado.

JOSÉ MARTÍNEZ MEDINA.





Ya se han cerrado las Cortes. .
 Ya se acabó el Parlamento..
 Y ya va la mayoría
 á gozar del presupuesto.

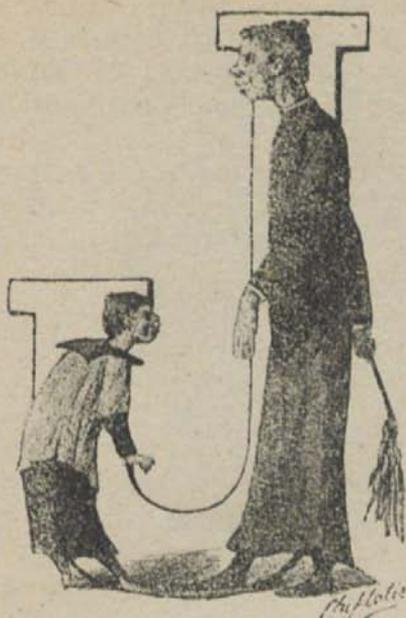


Ayudaba á bien morir un fraile á un pobre enfermo, y tanto le dijo, y tanto le repitió sobre la conformidad que debía tener con la voluntad de Dios, y sobre la brevedad de la vida, y la necesidad de que llegase la hora de la muerte, etc., que el paciente, fatigado ya, le dijo con voz apagada y sentida:—Está bien, padre: déjeme usted en paz y descuide, que yo me moriré.



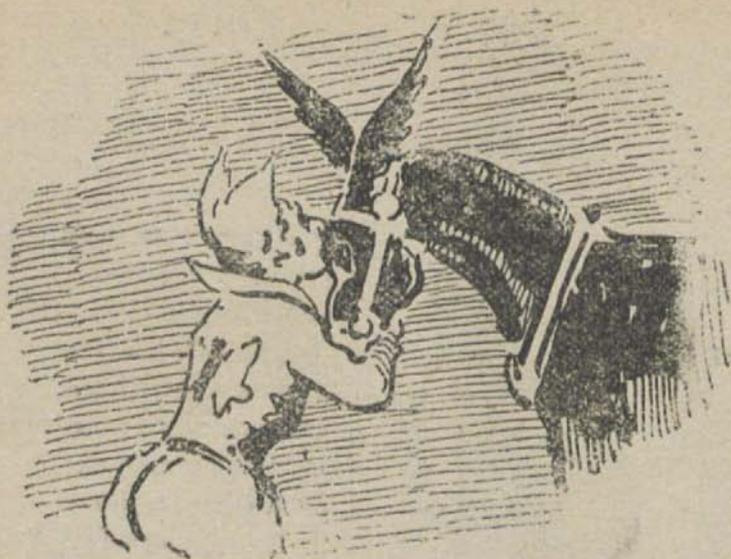
Un cabo de coraceros, hombre de puños y bastante agreste, sorprendió en su casa un día, con su mujer á solas, á un compañero suyo, y aparentando gran flema, le dijo que como le volviese á hallar otra vez allí, le tiraría por la ventana el casco que tenia puesto. Tan terrible venganza hizo reir en su interior á los culpables, y por lo mismo, el coracero continuó sus visitas aún con más descaro que antes; de modo que fué casi á seguida sorprendido de nuevo por el cabo, quien cumplió desde luego su amenaza. Hecho lo cual, fué á echarse á los pies del rey, á quien dijo:—Señor, vengo á pedir os gracia, porque habiendo encontrado á un camarada con mi mujer, tiré por la ventana su casco, como se lo había dicho de antemano, si lo volvía á hallar en casa.—Concedida, le contestó el rey; pues un crimen tal, bien merecía aún algo más que esa ligera pena.—Es, señor, agregó el cabo, que dentro del casco, cuando lo tiré, iba la cabeza del compañero.—¡Diablo! exclamó el rey, ya eso es más grave; pero mi palabra está dada, y eres indultado. Este indulto fué nada menos que por la muerte del soldado, á quien había el cabo arrojado á la calle con el casco puesto, desde un piso tercero en que vivía.





UAN se llama el sacristán,
y Juanito el chiquitín,
y ambos limpian el San Dín
de la iglesia de San Juan.
El párroco es don Adán,
que va repartiendo panes
entre todos los Adanes;
y éstos, llenos de ilusión,
van á tomar comunión
con las hembras de los Juanes.

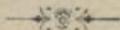
Cuentan del célebre Quevedo, de quien tantas cosas por el estilo se refieren, que solía ir de tertulia á una casa las más de las noches, en cuyo portal había precisamente de mearse antes de entrar, por lo mismo que la dueña de la casa, contra la puerca costumbre de entonces, que hacia de la entrada de las habitaciones verdaderas y apestosas pocilgas, se esmeraba en conservar la de la suya siempre limpia y aseada. Ignorando quién fuera el descortés y marrano que tal hacía, pero deseosa de evitar la repetición de tan sucio acto, ideó la señora hacer pintar una cruz en cada uno de los rincones del portal, á ver si por respeto á este signo se abstenía el agresor; habiendo mandado a la criada que estuviera en acecho para descubrir qué haría y quién fuese. Entró Quevedo, y, como siempre, se fué á un rincón para hacer aguas; mas viendo la cruz, pasó á otro, y luego á otro, lo cual, observado por la criada, le dijo desde el ventanillo:—¿Qué busca usted, Sr. Quevedo?—Y alzando éste la vista, con su proverbial sangre fría y su inagotable chispa, le contestó:—Busco la cruz del mal ladrón para mearme en ella.



¡Pobre burro de mi alma!
 ¡Cuánto trabajo me cuestas
 y cuántas coces te sufro
 para ganar dos pesetas!
 Tu abuelo (que en paz descanse)
 sabía más que Becerra,
 y no becerreaba nunca
 por el pienso ni la Hacienda.

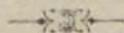


Referia un andaluz que teniendo dispuesto un viaje á la capital con varios amigos, no había encontrado disponible más cabalgadura que un burro, ya viejo y pesado como él solo, que tenía su abuela: y como ya montado en él, viese que no le era posible hacerle andar de prisa, por más que le molía á palos, y que sus compañeros se adelantaban mucho, porque deseaban llegar temprano, «¿Qué hice en tal apuro? «decía muy formal, pues ya volverse atrás ni dejar abandonado el animal era imposible: agarré el burro, lo doblé por medio, lo metí dentro del sombrero, me lo puse en la cabeza, y eché á correr hasta llegar á una venta, en que ya, cuidadosos por mi tardanza, me esperaban los amigos con la mayor inquietud, tomando en tanto unas cuantas cañitas de vino.»





No lloro por mi orfandad
ni por el país ameno,
sino por la castidad
que juré á la Trinidad
cuando me acogió en su seno.



Acertijos.

¿En qué se parecen ciertas mujeres casadas á los
trigos encerrados en los graneros?

En que de vez en cuando se las apalea.

¿Qué cosa, aunque se esté oyendo, no se puede oír?

La misa.

¿En qué se parecen las velas á las liebres?

En que se corren.

¿En qué se asemeja una espuerta á la Puerta del Sol
de Madrid?

En que ni una ni otra es puerta.





ARAITA, decidido
y acérrimo protestante,
anda hecho un judío errante
citareando al oído;
remedando al dios Cupido
solfea la letanía,
y, al decir «Virgo Maria»,
con acendrada pasión
á la de su devoción
dice «Virgo Rosalía».

De una reciente estadística que acaba de hacer un sabio de mucha fama, resulta plenamente demostrado que un microbio jesuítico produce más graves daños que 200.000 microbios del cólera morbo asiático.

Epitafios.

Aquí un médico reposa
Y al lado han puesto á la Muerte;
Iban siempre de esta suerte.

Al pie del sepulcro un cuerno.
¿No admite dos el infierno?

Aquí un hablador se halla,
Y por primera vez calla.

Aquí se enterró á un suizo...
Por el dinero lo hizo.

Un delator aquí yace...
¡Chito! que el muerto se hace.

EL SEMINARISTA

DE todos mis numerosos amigos de la infancia, Pablo era el único que había abandonado la vida profana para echarse en brazos de la religión católica. De carácter dulce, excesivamente tímido, y algo supersticioso, Pablo creyó encontrar en la carrera eclesiástica una fortaleza inaccesible á las tentaciones, luchas y sufrimientos de este mundo. No sé si hubiera llegado á encontrar lo que imaginaba. Lo que puedo asegurar es, que todos nosotros le queríamos mucho, y pusimos en práctica cuantos medios se nos ocurrieron para que volviera al buen camino.

Empezamos por hacerle objeto de nuestras punzantes burlas. La verdad es que cuando le veíamos con su traje de seminarista, no podíamos contener nuestra hilaridad. Pero él acogió nuestras mofas con la paciencia de un mártir de los primeros tiempos, y siempre que salía del Seminario venía á pasar un rato con nosotros, demostrándonos así, á la vez que su bondad sin límites, lo irrevocable de sus determinaciones.

Mas como nos habíamos propuesto curarle de su chifladura, después de ensayar, con desgraciado éxito, infinidad de recursos, se nos ocurrió llamar en nuestro auxilio á la mujer, que es el único demonio capaz de contrarrestar todas las influencias divinas.

Creo inútil decir que Pablo estudiaba para cura con verdadera vocación, y que, por tanto, aborrecía á las mujeres, no porque éstas le hubiesen hecho daño alguno, sino porque alguien le había enseñado á que las

aborreciera. Dieciocho años contaba el seminarista, y jamás había probado otros besos femeninos que los de su buena madre.

*
* *

Para la realización de nuestro plan, contábamos con la eficaz ayuda de Angelita, una preciosa y alegre muchacha de diecinueve primaveras, cabellos rubios, ojos azules, cuerpo esbeltísimo y rostro seductor.

Era una noche del mes de Julio. Había yo salido aprobado en los exámenes de segundo año de Derecho, y, siguiendo la costumbre establecida entre los que nos tratábamos con verdadera intimidad, preparé todo lo necesario para la celebración de un modesto banquete.

Habíamos conseguido, invocando recuerdos de otra época y haciendo la apología de los deberes amistosos, que el curita Pablo nos prometiera formalmente asistir á la reunión, pero con la salvedad de que no se detendría en ella más de una hora. Así quedó acordado.

Mis cuatro amigos más íntimos, Angelita y yo, estábamos sentados en derredor de la mesa cuando llegó el curita. El efecto que á éste le produjo ver á una mujer joven y hermosa entre nosotros, es inexplicable. Quedóse inmóvil junto á la puerta; balbuceó algunas excusas, de las cuales pudimos sacar en claro que no le era posible detenerse el tiempo convenido, y que su presencia no significaba otra cosa que el deseo de avisarnos para que no se retrasara la celebración del banquete. Hallábase previsto el caso, y estaban tomadas las oportunas precauciones. Angelita, con una modestia encantadora, dijo que si ella era un obstáculo para que aquel joven se quedara á participar de nuestra alegría, desde luego renunciaba gustosa á seguir ocupando un puesto entre nosotros.

Con esta declaración, el color encarnado del rostro del curita se convirtió en rojo.

Con voz débil y temblorosa suplicó á la joven que no se retirara, y se dejó conducir por nosotros á un asiento colocado enfrente del que ocupaba la se-

ductora rubia, con la cual cambió una mirada de triunfo.

*
* *

El curita Pablo fué el héroe de la cena. Cuando llegó el instante de destapar las botellas de Champagne, inventamos un medio de hacerle beber la mayor cantidad posible de líquido espumoso. Uno tras otro fuimos brindando por su salud, por su felicidad, por los tranquilos goces que le aguardaban en el ejercicio de sus funciones sacerdotales. Angelita, con una delicadeza maternal, se encargaba de llenarle la copa, y él, subyugado por las cariñosas atenciones de Angelita, bebía maquinalmente... Se le iba encendiendo el rostro, los ojos se le encandilaban y miraban ya con tenacidad provocativa, la ebúrnea garganta de nuestra encantadora cómplice.

Llegó el momento de poner en ejecución la última parte de nuestro plan... Cuatro bocas soplaron á la vez, dejando apagadas las cuatro bujías que ardían en el candelabro. Nos escabullimos rápidamente, y quedaron solos y á oscuras la rubia y Pablo. Para impedir que éste imitara al casto José, echamos la llave por la parte de afuera en la única puerta que tenía el comedor.

No pudimos contener la risa al oír que el aprendiz de presbítero nos llamaba dando grandes voces, y aporreando la puerta de un modo desesperado. Esto duró poco; la voz se extinguió de repente, como si le hubieran puesto una mordaza al alborotador... Nos pareció escuchar el eco de un *amén*, mezclado con un suspiro. Uno de nosotros exclamó entonces: «Vamos á la sala á fumar un cigarro, mientras Angelita confiesa sus pecados al cura.» Ruidosas carcajadas contestaron á esta proposición, que fué aceptada por unanimidad.

Cuando volvimos al confesonario, una hora después, la jaula estaba vacía. Le habíamos dado á Angelita, con ese objeto, una llave igual á la que nos sirvió para cerrar la puerta.

*
* *

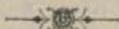
A los pocos días el curita Pablo vino á participarnos que abandonaba la carrera del sacerdocio. Le preguntamos los motivos de su determinación, y nos dijo medio confuso, medio sonriente:

—No me siento con fuerzas para ser un cura tan perfecto como yo creo que deben serlo todos los que representan á Dios en la tierra.

*
**

El curita Pablo ejerce hoy la abogacía, y alcanza honra y provecho. Está unido á una mujer virtuosa, que le quiere mucho, y es padre de dos niños hermosísimos, á los cuales no piensa darles la carrera sacerdotal.

JUAN VULGAR.



Se casaron anteayer,
llenos de amoroso fuego;
ella se abrasa al calor
de la antorcha de Himeneo;
y él, sin chispa en el rescoldo,
ronca ya como un borrego...
¡El porvenir de este dúo
es convertirse en terceto!

—
Mi criada, que es de Soria,
tuvo un cólico el domingo,
por comerse un par de huevos
que estaban para mí fritos.

Y al preguntarla, ¿qué tienes?
dijo en tono arrepentido:
—Nada; que me han hecho daño
los huevos del señorito.





NTEANOCHÉ se marchó el cura D. Bonifacio á ver á una feligresa que tiene un novio muy bárbaro.

Creyó el páter que el tal novio (que por más señas es cabo de no sé qué compañía del batallón no sé cuántos) se hallaría en el cuartel,

pero se llevó el gran chasco...; y se llevó al mismo tiempo á su domicilio santo dos ó tres costillas rotas y un chichón de gran tamaño.

Al ver al siguiente día que el muy reverendo párroco no iba á la casa de Dios, con ansiedad preguntaron varias devotas:—¿Qué tiene, qué tiene D. Bonifacio?

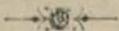
Y respondió un monaguillo:—¿Qué ha de tener? ¡El trancazo!



Tomasa, con mucho agrado, le dijo al pobre Mateo:

—Me parece, esposo amado, que has dado un largo paseo, según vienes de *empolvado*.

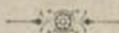
Y él contestó:—No, Tomasa; esa deducción no pasa, porque ¡voto á Belcebú! más *empolvada* estás tú, y no has salido de casa.





A madre qué te parió
debió que lar satisfecha,
porque echó de un solo golpe
toda la sal de la tierra.

Luce la pantorrilla,
que me derramo;
después bendiciremos,
al padre santo.
Anda, mi niña;
que si yo llego á papa
se ás papisa.



Acertijos.

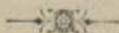
¿En qué se parecen los dientes á los cuernos?
En que los hay naturales y postizos.

¿En qué se parecen los dedos á los huevos?
En que tienen yemas.

¿En qué se parece una chica guapa á un bacín?
En que todos le echan el ojo.

¿En qué se parece la suegra que habita con el yerno
ó la nuera, á una torba de molino?
En que en todas partes es... torba.

¿Qué cosas, sin moverse de su sitio, van á todas
partes?
Los caminos.



FILOSOFÍA DE LAS MATEMÁTICAS



o somos matemáticos; nunca nos hemos deleitado repasando un tratado de geometría analítica, ni nuestra inteligencia ha gozado con las fórmulas algebraicas de un Newton ó de un La-

place; si admiramos á estos grandes hombres es precisamente porque no les entendemos, y hasta la más sencilla operación de aritmética nos infunde un respeto, una especie de repugnancia, que nada puede vencer.

Conste, pues, que al hablar de esta rama de los conocimientos humanos, no lo hacemos á título de matemáticos de profesión, sino como simples aficionados á descubrir la razón ó el fundamento de las cosas.

Estudiando lo que podríamos llamar *filosofía de las matemáticas*, nos encontramos con que las ciencias exactas, como las naturales, como las históricas, etcétera, carecen, en realidad, de base sólida; es decir, de un cimiento incommovible que pueda servir de eterno pedestal á ulteriores investigaciones.

Si consideramos las matemáticas en conjunto, aparecerán formando un todo maravilloso, un verdadero edificio científico, lleno de fórmulas interesantísimas y de aplicaciones útiles; fórmulas sin las cuales, ni los arquitectos levantarían esos palacios y esas fábricas, gloria de la industria moderna, ni los ingenieros podrían construir puentes, y trazar carreteras, y abrir túneles, ni los astrónomos calcular con sorprendente exactitud el movimiento de los astros.

Pero descompongamos este organismo: fijémonos, no ya en cada una de sus partes, sino en el elemento último de que todas ellas están formadas, y nos encontraremos con que la *unidad* es la base de todas las operaciones matemáticas, pues de unidades está formado el número mayor que podamos concebir.

Ahora bien: ¿qué es la unidad? ¿Hay algo en la realidad que corresponda á lo que esta palabra quiere significar?

A tales preguntas no se puede contestar, porque nadie sabe lo que es la unidad; porque la unidad no existe, ni en el tiempo ni en el espacio.

Siempre que consideramos un espacio, por pequeño que la fantasía se lo represente, podremos soñar con otro más pequeño, al cual seguirán, en escala descendente, otro y otros en número infinito, sin poder llegar jamás á uno que sea el primero de la serie; nos pasaríamos la vida reduciendo y sin conseguir nuestro objeto, pues como el número divisor puede ser infinito, el cociente sería infinito también. De aquí que la famosa teoría atómica de Dalton carezca de fundamento, porque si, según ella, suponemos que la materia está dividida en moléculas y éstas en átomos, los átomos, por el mero hecho de ser materia, serán á su vez divisibles hasta lo infinito. Lo infinitamente pequeño, por consiguiente, no existe; y si consideramos el otro extremo de la cuestión, veremos que tampoco existe lo infinitamente grande.

¿Quién no puede seguir con la imaginación al telescopio más poderoso en sus audaces exploraciones por los espacios siderales? ¿Quién no sigue á la luz en su rápida carrera, y llega con el pensamiento mucho más allá de donde puede llegar la misma luz? ¿Quién no

puede imaginarse otro cielo por encima de esa bóveda azul que nos cubre? ¿Quién es capaz de concebir un espacio detrás del cual no haya nada? Y si la nada existe, ¿qué es la nada, y hasta dónde se extiende el vacío? Y de este modo, de inducción en inducción, no nos detendríamos jamás.

Buscar, por tanto, un término á lo infinitamente grande, es tan absurdo como buscárselo á lo infinitamente pequeño.

Entonces, ¿qué es la unidad? Nada: una palabra vacía, un concepto mentiroso que nos engaña cubriéndose con una apariencia de verdad: la unidad es todo lo que vemos; esto es, algo que va y viene, que aumenta, disminuye y oscila, que, como el mercurio, tiene sólo una aparente consistencia, y que no podemos comprender porque se escapa á nuestra penetración, lo mismo que se escaparían los rayos de sol que quisiésemos encerrar en una botella.

Y lo mismo que decimos de la unidad, podría aplicarse á la línea y al punto. ¿Qué es la línea? Según los matemáticos, una serie de puntos; pero como nadie sabe lo que es el punto, porque siempre estamos en la posibilidad de imaginar un punto mucho más pequeño que los demás, de aquí que no sepamos lo que es el punto, ni lo que es la línea.

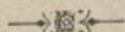
Véase, pues, á lo que quedan reducidas las matemáticas, en último término: á nada. Todas las difíciles operaciones, y los oscuros problemas del cálculo diferencial é integral, y de la trigonometría, todas las raíces cuadradas y cúbicas de los números, el mismo binomio de Newton, tan famoso, todo está basado en un principio falso y equívoco que nadie conoce; sumamos, y no sabemos lo que sumamos, y elevamos un número á la cuarta ó á la sexta potencia, sin saber de qué está formado aquel número que tenemos delante.

¡Parece mentira! Y sin embargo, los cálculos del astrónomo, las casas en que vivimos, los puentes y túneles por donde pasamos, arrebatados en alas del vapor, todas las múltiples aplicaciones de las ciencias exactas, están basadas sobre la unidad y la línea; dos incógnitas que nadie podrá despejar.

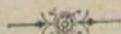
¡Las matemáticas son y serán un eterno misterio! Y la esencia del número, como la naturaleza del alma, como el origen de la materia, siempre quedarán ocultas á nuestra perspicacia.

El hombre está colocado en medio de una serie cuyos extremos nunca podrá descubrir ni comprender, y todos sus conocimientos tendrán que ser reducidos y pequeños, como reducida es la esfera en que está condenado á moverse, y de la cual jamás podrá salir.

EDUARDO ZAMACCIS.

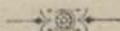


Un negro y un blanco juntos
Entraron en una venta,
Y juntos se acomodaron
En una cama no espléndida.
El blanco encargó solícito
Que apenas amaneciera,
Le despertaran, porque
Perentorias diligencias
Reclamaban que siguiese
El viaje á toda priesa.
La ventera, cuando ambos
Roncaban á pierna suelta,
Por burlarse de los dos,
Pues al fin era ventera,
Entró, y con corcho quemado
Como la del negro, negra
Puso del blanco la cara;
Y apenas sonó en la iglesia
El primer toque del alba,
Llamó á éste con presteza.
Despertóse soñoliento,
Salió de la alcoba afuera,
Miró acaso en un espejo,
Y viendo su cara negra,
Exclamó:—¿Qué es lo que miro?
¿Está tonta la ventera?
¡Pues no ha despertado al negro
Y á mí durmiendo me deja!





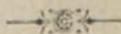
ADRE serás con el tiempo,
 si seempeña el tío cura,
 lo mismo que sor María,
 sor Estéfana y sor Bruna,
 y para entonces, nosotros
 seremos, si nos ayudas,
 los padres de tu parroquia,
 como ahora es el tío Lucas:
 verás qué paternidad
 hará nuestra triple yunta,
 y verás cuánto angelito
 vendrá á adorarte en la urna.



A una joven que siempre habia mostrado inclinaciones al estado religioso, se le presentó un novio rico y buen mozo, en pretensión de su blanca mano; y deseosa como buena cristiana, de acertar en la elección de estado, fué varios días á la iglesia á suplicar ante una imagen de la Virgen la iluminase, manifestándole cual era la voluntad de Dios en aquel particular. El monaguillo, que era un chicuelo, aunque de corta edad, muy despabilado y travieso, habiendo oído casualmente la plegaria de la joven, se escondió al siguiente día tras de la imagen: y cuando aquélla le pedía con el mayor fervor que le revelase si para el mejor servicio de Dios debería casarse ó abrazar el estado religioso, el chico, tratando de imitar la voz de una mujer, le dijo desde su escondite:—Pues bien, lo mejor es que te metas monja.—Lo cual oído por la suplicante, exclamó con el mayor apuro, creyendo que quien habia hablado era el niño que la Virgen tenia en los brazos:—Señora, diga usted al niño que se calle, que no es á él á quien pregunto, y todavía es muy pequeño para meterse en tales honduras.



En las carreras ganó á montones
miles de duros, quizá millones.
El noble bruto perdió su bifo,
y el dueño entonces, como un judío,
vendióle ¡bárbaro! en cien doblones.



Pensamientos.

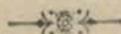
«A un hombre, se le aplasta: un pueblo retuerce sus
hierros como si fueran briznas de paja.»

«¿Coartáis mi libertad? Pues yo coartaré la vuestra
atacándoos de firme.»

T. NIEVA.

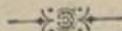
«Todo pueblo subsiste por los elementos estáticos de
su conservación, y por las modificaciones dinámicas
de su progreso.»

T. BRAGA.





Desde la Plaza de la Cebada,
donde no hay paja, granos, ni nada,
á un vil cochero sacó de apuros,
dando su cuerpo por cinco duros,
y el alma á cambio de una cornada.



Pensamiento.

«Las conciencias no tiene más que un deber y un derecho.

»Por el primero, el de esclarecerse por todos los medios, tolerando los de enseñanza hasta los que las hieren, salvo oponer las luces á las luces, y la libertad á la libertad. Por el segundo, escoger una opinión y practicarla, desechando ó combatiendo las otras, sin arrebatar á nadie el propio derecho.»

Elocuencia sagrada.

Trozos escogidos de un sermón predicado por el actual cura de Petín á sus feligreses.

«Amados oyentes míos: Hoy me toca hablaros de la carne, y quien dice de la carne, dice del pescado.

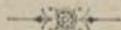
»Ni una ni otro debéis de comer, sobre todo si es de cordero, á menos que no estéis en pecado, que sí lo estáis, porque aquí no hay respeto al cura, ni pagáis derecho de altar, y cada año que pasa va habiendo menos huevos para el señor cura, y eso que las gallinas no dejan de parirlos.

»Ni carne ni pescado, digo; porque habéis de saber que la carne enciende los apetitos de la carne, que sabéis cuántos malos ratos da si se excita.

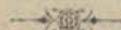
»Comed vegetales, que se digieren más fácilmente, y que engordan que es un bien de Dios, aunque los impíos y herejes os digan lo contrario; y si no, ahí están, prueba de ello, tantos ermitaños que sólo se alimentaban de verde, y sin embargo vivían largos años, y tan robustos y tan gordos, que la porción más delgada de su cuerpo era más gruesa que mi muslo, salva sea la parte.

»Y no me digáis que yo como carne; porque bien sabéis decir que mando á comprarla.

»¿Qué tiene esto que ver? Yo, si la como, es porque trabajo con el espíritu, y éste requiere alimentos fuertes; pero vosotros sólo trabajáis como mulos, y á éstos les basta el verde.»



El tiempo se está pasando;
¿cuándo nos casamos, Rosa?
mira que se va alargando
la cosa.



DOCUMENTO IMPORTANTE



ACTA del Proceso de Pio IX Masón al ser iniciado en la Gran Logia de Baviera en los primeros días de Agosto de 1829.

«Oriente de Nurenberg Respetable Logia «Fidelidad Germánica», hija de la Grande Logia de Baviera» con planchas constitutivas de la Gran Logia Masónica «Los Tres Globos» del Oriente de Berlín.

Ponemos en nuestros archivos, registrado al número 13.715, el siguiente documento, certificado y legalizado en debida forma, escrito en italiano y acompañado del gran sello de la Gran Logia «La Perpetua,» del Oriente de Nápoles.

«Respetable Logia Eterna Cadena.ª. del Oriente de los Palermos .ª.

»Nós Maestres Dignatarios y Oficiales de los tres grados Masónicos de San Juan .ª.

»Certificamos, en nombre del Gran Arquitecto del U. que todo lo dirige, que hoy á media noche hemos recibido en esta Logia, con todas las formalidades prescriptas de la Orden, al Hermano Juan Mastai Ferretti, natural de Sinigaglia —Estados Pontificios,—el cual, después de haber prestado juramento en presencia de nosotros todos, ha asegurado no pertenecer á Sociedad secreta alguna más que nuestra Logia, habiendo satisfecho los derechos que corresponden á su grado.ª.

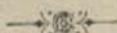
»En su consecuencia, ordenamos á todas las Logias Masónicas del Universo que le reconozcan como verdadero y perfecto masón, recibido en una Logia regular y perfecta, porque así lo juzgamos cierto y atestigua-

mos como personas concienzudas y honestas. Y para que este documento sea tenido como verdadero, lo firmamos en Palermo en la primera quincena del mes de Agosto del año civil y profano de 1829. Ne varietur. Giov Mastai Ferretti.—El Venerable de la Loggia — Pablo Duplessi.—El Gran Maestro de la Loggia de Nápoles.—Xisto Colano.

»El que abajo suscribe, certifica que todo lo que certificado antecede es exacto, y que este documento existe en los archivos antes mencionados.—Guillermo Wittelsbach.—Gran Maestro de la Gran Loggia de Baviera (Príncipe de Baviera).»

NOTA. Juan Mastai Ferretti, al ser iniciado en esta Gran Loggia, toma el nombre simbólico de Mucio Scévola; y más tarde se significa con el dictado de I.: y P.: H.:

ES COPIA.

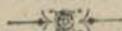


Casó Luis con Margarita,
que era una niña bonita,
de una familia decente,
y al año, próximamente,
se fugó la pobrecita.

Tras de una época azarosa
regresó al hogar la esposa,
y, arrepentida, exclamaba:
—¡Perdona, Luis; yo pensaba
que encontraría otra cosa!...

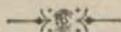
—
La madre:—(¿Si vendrá Pepe?..)
La hija mayor:—(Luis, ¿vendrá?..)
La pequeña:—(¡Cómo tardan
los amigos de papá!)

—
Pura es una criatura;
pero cuando monta en ira,
no sabe lo que habla Pura,
y en vez de decirle:—Mira,—
le dice á su esposo:—Mura.





El pedante del siglo diecinueve
 es un ente que llora cuando llueve,
 porque se aja su ropa
 y el sombrero de copa,
 que es lo que más le irrita y le conmueve.



Pensamientos de Holbach

La indulgencia y la afabilidad son necesarias en la vida social. La indulgencia, dice un filósofo, es una injusticia que la débil humanidad exige de la sabiduría. *Los menos indulgentes son los ignorantes y los necios.* — Para estar contentos nosotros mismos, es necesario saber también que lo están ó deben estarlo los demás.—La buena conciencia es recompensa de la virtud. Por una ley constante, dice Juvenal, jamás puede el malvado gozar de una felicidad pura en este mundo.





o dirás, lagarta mía,
por mi sacro ministerio,
que, á pesar de mi alto oficio,
no te ayudo cuanto puedo:
mientras tú limpias el polvo,
yo cuido á los pequeñuelos
que Dios, para gloria nuestra,
quiso enviarnos del cielo;
tú, con tu hocico barbudo
vas rabiando mientras rezo,
y, aunque quiero ser buen padre,
apenas me llamo Pedro.

Pensamientos.

«La libertad no se ha hecho sólo para el escritor, sino sobre todo para los lectores. La libertad no es sólo interés de comercio ó de partido, sino interés de la civilización. Coartar la libertad á un solo pensador, es apagar todas las inteligencias.»

DONI JACOBUS.

«El periodista es hombre que de lejos no es estimado; pero de cerca, no sé por qué, todo el mundo codicia.»

«Buscar la verdad, es la obra de todos; poseerla, de nadie.»

«Quitad la agitación de la tribuna y de los periódicos, y la sociedad se convertirá en depósito de aguas estancadas, de donde no salga más que corrupción y muerte.»

LENNAU ED. AL. ARCH.

CASOS Y COSAS

I



Dejando ver un semblante
que revelaba amargura,
una pobre criatura
ayer, con voz suplicante,
pidió una limosna á un cura.

Aquél, tal vez distraído,
no hizo de la niña caso,
y si escuchó su gemido,
sin mostrarse conmovido,
siguió indiferente el paso.

Ella el suyo aceleraba
siguiendo del cura en pos,
á quien atenta miraba,
mientras que triste exclamaba:
¡una limosna por Dios!

En la misma posición
caminaron un buen trecho,
llevando su corazón,
lleno él de satisfacción,
¡ella en lágrimas deshecho!

II

Una mujer haraposa,
de faz pálida y llorosa,
sigue de cerca la escena,
y, aunque mustia por la pena,
tiene el rostro de una hermosa.

La pobre niña, al mirarla,
dejó de seguir al cura,
y hacia ella corrió á abrazarla,
á acariciarla y besarla
con indecible ternura.

Y las dos juntas volviendo
hacia el cura, dijo: —“Padre,

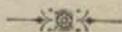
mirad que vengo pidiedo,
 porque de hambre está muriendo
 ¡esta mujer, que es mi madre!»,

El *páter* palideció
 al verse de ella en presencia...
 La limosna... no la dió,
 y veloz desapareció
 por entre la concurrencia.

Sus pasos siguió un instante
 la madre con vista fija,
 y confusa y vacilante,
 siguió su marcha adelante...
 ¡llevando en brazos á su hija!

Esto, después, un curioso
 dijo en tono sentencioso:
 —«La niña ha llamado *pátre*
 al cura; pero su madre
 no puede llamarle *esposo*»

MANUEL FERNÁNDEZ.



El cochero de Felipe II.

¶ Felipe II, monarca cuyo carácter nos pinta la Historia como severo é imperioso, le dijo á su cochero en una ocasión, al salir de Madrid para el Escorial, que quería hallarse en este pueblo á cierta hora que le indicó. Estando ya el cochero en la mitad del camino, vió que se aproximaba la hora; prodigó sendos latigazos á sus mulas, y se enfadó con ellas, hasta el extremo de dirigirles nombres con la misma furia que un carretero. Furioso ya, les dijo golpeándolas con la fusta: «¡Arre, mulas de alcahuetel!» El Rey oyó esta frase, y cuando llegó al Escorial, le preguntó al cochero: «¿De quién son esas mulas?» Acordóse entonces felizmente el cochero de lo que habia dicho en el camino, y contestó: «Señor, son mías.»—«Si son tuyas, replicó el Rey, guárdatelas; no quiero yo tener en mi coche mulas de alcahuite.» La sangre fría del cochero le valió un tronco de mulas magnífico, y le salvó la vida; porque si hubiera contestado que *las mulas eran del Rey*, sin duda lo hubiera pasado mal.

